

Otto Friedrich Bollnow, Lenguaje y educación*

SEGUNDA PARTE

I. LA APREHENSIÓN DEL MUNDO POR MEDIO DEL LENGUAJE

1. El reino de los nombres	99
a) La denominación de las cosas, b) El apoderamiento por los nombres, c) El deslinde en el marco de lo que fluye, d) Las nociones como concepciones, e) Un ejemplo: la silla.	
2. El significado de las palabras	122
a) La discriminación entre palabra y nombre, b) El carácter expresivo de la palabra, c) Las metáforas, d) Las concepciones lingüísticas, e) Un ejemplo: el jugar, f) La así llamada indeterminación de los significados de las palabras.	
3. La visión del mundo desde el lenguaje	140
a) Retrospección, b) El lenguaje como mundo intermedio, c) La significación de la gramática, d) El "morar" dentro del lenguaje, e) La apertura del lenguaje, f) Un ejemplo: sacrilegio y pecado.	

99

Hasta ahora hemos analizado con amplitud de miras la función del lenguaje en el trato de los hombres entre sí, intentando fijar los diversos modos del habla, las diversas formas del trato hablado, como asimismo las correspondientes tonalidades del discurso. Hemos hablado también de las dificultades que deben superarse en la expresión lingüística. Ya en esta exposición quedó deslindado un vasto campo de investigaciones fértiles tanto en el sentido antropológico como en el pedagógico. Esto ha sido posible sin que previamente nos preguntáramos qué es el lenguaje, qué función le toca cumplir en la vida humana y con qué recursos desempeña sus tareas. Hemos abordado el lenguaje hasta cierto punto de un modo global como totalidad, pues habíamos partido del supuesto de que el lenguaje se encuentra a disposición del hombre desde siempre como algo obviamente dado. Si bien nos hemos ocupado así del uso del lenguaje, dejamos de prestar atención al lenguaje mismo.

1. EL REINO DE LOS NOMBRES

a) *La denominación de las cosas.* Ahora hemos de abordar un nuevo comienzo, con el fin de comprender más profundamente la función que el lenguaje tiene que cumplir en la vida humana y en el trato con el mundo. Se atribuye al investigador lingüístico suizo Saussure la burlona declaración de que las concepciones acerca del lenguaje de la mayoría de los filósofos aluden a nuestro patriarca Adán, quien llamó hacia sí a los animales para

* Die Seitenzahlen des Erstdrucks sind beibehalten.

otorgar a cada cual su nombre.¹ Esto sin duda no sólo vale en cuanto a los filósofos, sino que es aplicable también a los pedagogos, más aún, a la muy difundida concepción del lenguaje en general.

También a nosotros nos resulta práctico apelar a esta divulgada concepción, que ya se expresa en la historia de la creación registrada en el Génesis. Allí leemos: "Y Yahveh Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. El hombre puso nombre a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo"... Bien podemos transferir lo que aquí se dice de los animales al contorno restante de la creación y luego a las cosas producidas por el hombre, o sea a toda la realidad. De acuerdo con esta concepción, la hazaña primaria del lenguaje consiste en dar nombres. Mediante los nombres el hombre consigue que el mundo circundante esté a su disposición. La palabra es un nombre y el nombre es una designación para las cosas. Las cosas se llaman como el hombre las denomina.²

Pero ya a este respecto se presenta una dificultad que a menudo pasa inadvertida. ¿Qué significa esta homologación de la palabra y el nombre? ¿Qué es, en su primera acepción, un nombre? En sentido estricto el nombre es en primer lugar el nombre propio. Los hombres llevan un nombre. Se llaman Juan Pérez o Isabel González. Los hombres llevan nombres desde que están en posesión del lenguaje. No existen hombres sin nombre,³ aun cuando la característica del otorgamiento del nombre puede va-

¹ Citado por Gipper, op. cit., pág. 271.

² Por el momento hago caso omiso del hecho de que la libertad humana para dar nombres tiene su límite, puesto que algunas cosas fueron denominadas por Dios mismo; Dios "llamó día a la luz y noche a las tinieblas", y lo mismo ocurrió con cielo y agua, tierra y mar. De modo que el hombre ya encontró algunas cosas previamente provistas de nombres. Más adelante hemos de ocuparnos todavía del significado de este hecho.

³ Cf. Trübner's *Wörterbuch*.

riar mucho históricamente y no siempre haya adquirido la forma de nombre de pila y apellido como es usual entre nosotros.

El nombre sirve para designar a tal o cual hombre determinado y diferenciarlo así en cuanto individuo inconfundible con otros y también para mantener esta situación más allá de posibles separaciones. "El nombre propio sirve para la identificación", dice Ammann en su trabajo de investigación fundamental para el presente contexto, que se titula *El habla humana*.⁴ En este sentido el nombre es comparable al ademán señalador. Sin embargo, es distinto si en medio de una muchedumbre (pongamos por caso, una clase escolar) señalo a un hombre con el dedo o lo llamo por su nombre. En el primer caso se trata sólo de un hombre aislado destacado por un momento y que luego vuelve a hundirse en la masa; en el segundo, se trata de un individuo determinado que se siente aludido o interpelado muy de otro modo, o sea "personalmente". Por eso es también posible designar non su nombre a un hombre aun cuando no esté presente. Por eso Ammann, eme subrayó agudamente esta situación particular del nombre propio, enfatiza: "El nombre pro-nio puede concebirse en su función identificadora como un elemento demostrativo orientado hacia un obietivo único. Así como la línea prolongada que sale dptí dedo índice toca el obieto colocado en el espacio, así la relación teleológica del nombre alcanza su obieto pasando por sobre todas las barreras espaciales y temporales".⁵

Pero no solamente los hombres pueden disponer de un nombre propio, sino también los lugares en el espacio. También ciudades, montañas, ríos, etc., poseen su nombre propio. Con ello, sin embargo, nos acercamos al límite. Entre los animales sólo los muy cercanos al hombre (un cerro, por ejemplo) obtienen un nombre propio, y rara vez se aplica un nombre individual a objetos inanimados. Aun cuando entre ellos se distingue a algún ejemplar

⁴Ammann, *op. cit.*, 1^a parte, pág.

⁵Ammann, *op. cit.*, pág. 69.

determinado, diciéndose, por ejemplo, "mi casa" o "mi escritorio", no se los individualiza sin embargo mediante un nombre particular. Se trata, pues, tan sólo de un estrecho segmento de la realidad, la que goza de la distinción de un nombre propio.

Ahora bien, no cualquier nombre es un nombre propio. Ya en la historia del Génesis se decía que los animales obtuvieron sus nombres, pero con ello no se quería expresar que los animales uno por uno hubieran obtenido sus nombres individuales, sino que las especies animales, tales como caballo y vaca, león y lobo, etc., habían sido designadas con su nombre. Los nombres designan a las especies animales, a las especies vegetales. Todas las especies y subespecies de la naturaleza, en la medida en que nos son conocidas, llevan un nombre. Y en este caso la relación varía. No lleva el nombre el ejemplar individual, sino para la definición de la especie a la cual éste pertenece, y todo lo que forma parte de tal especie. Esto "es" luego el individuo. De acuerdo con el ejemplo de Ammann: el animal se llama león, el determinado león en la jaula, en cambio, no se llama león, sino que es un león, la rosa en el jarrón no se llama rosa, sino que es una rosa, etc.⁶

Pero podemos avanzar un paso más: también las cosas de nuestro mundo circundante poseen sus designaciones lingüísticas, aun cuando en este caso podemos preguntarnos si tiene sentido seguir hablando de nombres. Todas las herramientas y utensilios y todo lo que en general es reconocible en nuestro mundo como una conformación de figura determinada, lleva una palabra con la que lo denominamos, en este sentido, pues, un nombre, y este nombre expresa "qué" es la cosa en cuestión. Diremos de modo provisional (que seguidamente habrá que modificar) : el nombre designa una noción con la cual concibo la cosa en cuestión. O bien podemos recurrir a la formulación más cautelosa, pero que no deja de suscitar dudas, de Ammann: "Se da nombre, en el sentido riguroso de la

⁶ Cf. Ammann, *op. cit.*, pág. 83.

palabra, no a la cosa individual y tampoco a la totalidad de las cosas de un género; se da nombre a la cosa, y tras la denominación se oculta la idea de la cosa".⁷

Por el momento nos apartaremos en forma provisional de estas definiciones y resumiremos con Ammann: "Vivimos en un mundo de cosas nombradas, un mundo donde todo tiene su nombre, todo lo que supuestamente permanece o bien retorna con regularidad".⁸ Fundamentalmente el nombre es casual, puede ser elegido deliberadamente por el hombre y basta para designar al ente de que se trata, con tal de que cumpla su función. Es esto lo que se quería decir en la narración del Génesis.

b) *El apoderamiento por los nombres.* Así comprendemos la función originaria del nombre: mediante el nombre el mundo se nos torna disponible. Sin nombre todo se vuelve borroso. Sólo gracias al nombre se hace posible destacar en la corriente algo determinado que se repite, que retorna. He ahí la función del lenguaje que Herder reconoció con toda claridad. Reproduciré el pasaje decisivo textualmente: "El hombre demuestra su reflexión cuando la energía de su alma obra con tanta libertad como para lograr, dentro del gran océano de sensaciones cuyo rumor lo atraviesa, afectando todos sus sentidos, separar, si así puedo decirlo, *una* ola, para detenerla, dirigir su atención sobre ella y cobrar conciencia de que ella presta atención. Demuestra su reflexión cuando en medio de todo el ensueño flotante de las imágenes que desfila ante sus sentidos, logra concentrarse en un momento de vigilia, ateniéndose voluntariamente a *una* imagen, sometiendo a ésta a una clara y quieta contemplación, y separando para sí señales que indiquen que éste es el objeto y ningún otro... Esta *primera* señal del reconocimiento meditativo ¡fue la palabra del alma!, ¡con ésta se inventó el lenguaje humano!"⁹ Luego ilustra esto con el ejemplo

⁷ Ammann, *op. cit.*, pág. 84.

⁸ Ammann, *op. cit.*, pág. 81.

⁹ Herder, *Vom Ursprung der Sprache*, *op. cit.*, vol. 5, págs. 34 y sig.

de la oveja: "Ahí está, de pie, enteramente tal como se manifiesta a sus propios sentidos. Blanca, suave, lanuda... su alma, que se ejercita meditando, busca una señal. ... ¡la oveja bala!, ha encontrado una señal... La oveja vuelve. Blanca, suave, lanuda... ve, tantea, reflexiona, busca una señal... bala, ¡y entonces vuelve a reconocerla! '¡Ja!, ¡tú eres la que bala!', siente en su fuero íntimo; lo ha reconocido humanamente, puesto que lo reconoce con claridad, esto es, con una señal, y lo nombra".¹⁰ El nombre, por lo tanto, hace posible que en la corriente sin pausa de los fenómenos, "en el gran océano de sensaciones", se pueda retener algo determinado para volver a reconocerlo en un momento venidero. Mediante la nominación las cosas se tornan asibles y de tal suerte el hombre conquista una posición firme en el mundo.

De ahí procede la sed de nombres característica de cierta edad del desarrollo infantil. De manera incansable los niños preguntan: ¿qué es esto? Y cuando se les dice la palabra correspondiente se dan por satisfechos y no siguen preguntando qué se quiere decir con ello. Ellos avanzan penetrando en su mundo, tratando de acoger dentro de sí, antes que nada, el caudal de los nombres. Aquello que ya conocen por su nombre, deja de parecerles extraño. Ha perdido su condición amenazante. Muchos hombres adultos conservan esta propensión. Así, por ejemplo, desde una atalaya para observar un paisaje, se muestran ansiosos por enterarse de los nombres de todas las montañas aunque nunca hayan oído hablar de ellas, de modo que no les dicen nada y probablemente caerán en el olvido en el próximo instante. Es como si sólo al nombrarse el nombre alcanzara su conclusión la vivencia visual.

Aun cuando hoy ya no creamos en el poder mágico del nombre, el conocer el nombre implica, sin embargo, también para nosotros en situaciones inciertas algo tranquilizador. Un ejemplo de Ammann: "Un diagnóstico médico contiene siempre algo de tranquilizador frente a la terrible incertidumbre acerca del carácter de la en-

¹⁰ Herder, op cit., pág 36.

fermedad. Una vez que la cosa ha sido llamada por su nombre, se tiene la sensación de no tener que enfrentarla ya con total impotencia, aun cuando las reales posibilidades de ayuda sean bastante reducidas". Es que también para nosotros vale aquello de que "el nombrar... es el primer acto de dominio espiritual".¹¹

Esto tiene fundamental importancia pedagógica y bastaría sin más para poner fin al tan difundido desprecio respecto a las "meras palabras". Únicamente a través de las palabras aprende el niño a conocer a su mundo. En este sentido Jean Paul enfatiza: "Mediante la denominación se conquista lo exterior como se conquista una isla".¹² O en otro lugar: "Sin la palabra índice —el dedo índice espiritual...— la vasta naturaleza se levanta ante el niño como una columna mercurial carente de escala barométrica".¹³ No puede reconocerse en ella nada definido. De modo fundamental lo expresa también Fröbel: "Es como si cada cosa se hubiera vuelto cosa para el niño sólo en virtud de la palabra. Antes de la palabra, aun cuando el ojo externo parecía advertirla, no existía para el niño en absoluto; es como si sólo la palabra hubiese creado la cosa para el niño".¹⁴ La palabra no es, por lo tanto, algo posterior, añadido a una cosa preexistente, sino que la palabra crea la cosa. "Aun cuando el ojo externo parecía advertirla", no existía para el niño, no constituía ningún miembro de su mundo.

Esto rige como fundamento absoluto: vemos en nuestro mundo circundante sólo las cosas para las cuales nuestro idioma tiene nombres. Todo lo demás es como si no existiera, como un oscuro bastidor de fondo añadido. Pensemos, por ejemplo, en el mundo de las plantas. Es un error creer que las plantas existen para todos los hombres con idéntica diversidad. Vemos únicamente aquellas plan-

¹¹ Ammann, *op. cit.*, págs. 89, 90.

¹² Jean Paul, *Levana*. Parágrafo 131. *Obras completas*. Edición histórico-crítica. I^a sección, vol 12. Weimar, 1937, pág. 363.

¹³ Jean Paul, *Levana*. Parágrafo 131, *op. cit.*, pág. 363.

¹⁴ F. Fröbel, *Menschenerziehung. Ausgewählte Schriften*, ed por E. Hoffmann. Vol. 2. Bad Godesberg, 1951, pág. 56,

tas para las que tenemos nombres. Sin duda, es posible que en forma ocasional pueda advertirse con alegría estética una flor hermosa sin que se sepa de qué clase de planta se trata. Uno se asombra y se alegra por un instante, pero luego se nos escapa, no es posible retenerla en la memoria. Y para ver en general una nueva especie de plantas se requieren conocimientos botánicos bastante notables.

Por supuesto, esto no sólo es válido en lo referente al mundo externo perceptible a través de los sentidos, sino en una medida mucho mayor cuando se trata de la vida interior del hombre mismo, de sus sentimientos y sensaciones, de las cualidades de su alma, de sus virtudes y vicios, etc. Todos estos aspectos como tales sólo se determinan mediante la designación lingüística. Con ella se destacan y se tornan asibles para la percepción interior. Stefan George lo ha resumido en un verso, inspirado con profundo sentido en Heidegger: "No sea cosa alguna donde caduca la palabra".¹⁵ De hecho, lo que rige es el postulado fundamental de Wittgenstein: "Los límites de mi lenguaje implican los límites de mi mundo".¹⁶ Sólo que tales "límites de mi mundo" no permanecen invariables, pues el hombre tiene la posibilidad de destacar lo nuevo y nunca visto mediante el recurso de denominarlo con un nombre, recogiéndolo así en su mundo como algo que en adelante existirá para él. De este modo se manifiesta la gran realización creadora de la nominación, que jamás queda concluida y que hasta cierto punto aún hoy continúa. También Nietzsche declara: "¿Qué es originalidad? Ver algo que aún no lleva nombre, que aún no puede ser nombrado a pesar de encontrarse ante los ojos de todo el mundo".¹⁷ Y Presser, al citar estas palabras, agrega: "El mundo se enriquece con cada nueva palabra; pues

¹⁵ Stefan George, *Das Wort*. Cf. al respecto M. Heidegger, *Das Wort. Unterwegs zur Sprache*. Pfullingen, 1959, págs. 217 y sigs.

¹⁶ L. Wittgenstein, *Tractatus*

logicophilosophicus 5.6, op., dt., pág. 64.

¹⁷ Nietzsche, *Fröhliche Wissenschaft*, op. cit., vol. 5, pág. 203.

cada nueva palabra es una luz que alumbría algún rincón del mundo y torna visibles cosas, pensamientos y sentimientos que antes yacían inadvertidos en la oscuridad".¹⁸

c) *El deslinde en el marco de lo que fluye.* Ahora bien, no siempre las circunstancias son tan simples como en el caso de los animales y las plantas, donde las especies definidas se ven premodeladas por la naturaleza misma. Así, por ejemplo, cuando se quiere catalogar una planta, es posible dudar acerca de si se trata de un género o de otro, pero —haciendo caso omiso de excepciones— nunca puede tratarse de un ejemplar intermedio entre los dos géneros. Algo similar sucede también con respecto a las cosas fabricadas por los hombres, en cuyo caso ya su finalidad utilitaria determina "qué" son. Lo mismo observamos en lo referente a casi todas las conformaciones de contorno bien definido. Sin embargo, no siempre las cosas aparecen claramente definidas por sí mismas. Weisgerber lo ha ilustrado gráficamente con el ejemplo de las constelaciones, puesto que allí el ordenamiento no está dado por la naturaleza, sino que procede notoriamente del arbitrio de los hombres que determina cuáles son las estrellas del cielo que va uniendo para formar determinadas constelaciones.¹⁹ Esto clarifica de modo muy bello la generalidad de los casos en que la realidad se presenta como una transición constante entre una y otra, de modo que el deslinde queda librado al albedrío, y el lenguaje puede arrojar la red de sus designaciones de manera muy diversa sobre la realidad. "En un proceso multiforme los fenómenos se transmutan unos en otros, se entrelazan entre sí, y se requiere un acto de libre albedrío cuando se presenta la necesidad de ordenarlos para que se vuelvan comprensibles."²⁰

¹⁸ H. Presser, *Das Wort im Urteil der Dichter. Ein Beitrag zur Sinndeutung des dichterischen Worts.* Diss. Bonn, 1940. Agradezco este trabajo, rico en ideas y reflexiones, numerosas y valiosas indicaciones.

¹⁹ I. Weisgerber, *Vom Weltbild der deutschen Sprache*, vol. 1. EKisseldorf, 1953², pág. 40.

²⁰ Weisgerber, *op. cit.*, pág. 40.

Como ejemplo elocuente que ilustra con nitidez esta realización del lenguaje, señalaremos las designaciones de los colores. Estamos acostumbrados a diferenciar cuatro colores básicos: rojo, amarillo, verde y azul. (Si hoy día el verde se considera ocasionalmente como color mixto, esto es consecuencia de una reflexión posterior basada en las relaciones entre los colores y no en lo inmediatamente dado.) Pero en la "realidad" propiamente dicha estos colores no se encuentran preformados. Allí tenemos más bien (si nos limitamos a los colores "puros") la gama cerrada dentro de la cual los colores se disuelven constantemente unos en otros y en la que ninguno de ellos se destaca respecto a los demás. En el fondo también se podría insistir arbitrariamente en otros colores como básicos. Y si dentro de la realidad visible consideramos a tales colores como colores "puros" y a otros en cambio como mixtos, ello no se basa en una predeterminación de la naturaleza, sino en una orientación de la percepción, dada por las designaciones de color previamente establecidas. Esto lo acentúa Porzig partiendo del espectro solar: "Ahí tenemos una gama de colores que se extiende a través de una infinita secuencia de transiciones desde el púrpura hasta el violeta. En rigor, no existen dentro de esta secuencia puntos destacables. En torno a qué lugares de la gama agrupa uno las diversas matizaciones, vale decir, cuántos y qué colores admite, es cosa de la percepción eslabonadora. Este eslabonamiento se lleva a cabo con ayuda de las palabras, vale decir de los nombres dados a los colores".²¹ De modo que la percepción del color se ve de antemano dirigida por el lenguaje mediante sus designaciones lingüísticas. El hecho, empero, de cuáles son los colores que el lenguaje destaca como básicos, constituye un azar histórico, pues la situación también podría darse de otro modo, y, por otra parte, se ha dado de otro modo tratándose de otras lenguas.

Un ejemplo muy instructivo lo proporciona el arco iris. Posee, "como se sabe", "los siete colores del arco iris".

²¹ W. Porzig, *Das Wunder der Sprache*. Munich, 1950, pág 59.

Pero si se le pide a un hombre desprevenido de nuestra época, que hasta ese momento estaba seguro de ese número de siete colores, que los nombre, en la mayoría de los casos se trabará y le costará encontrar el séptimo color. En realidad tenemos que enfrentarnos una vez más con el *continuum* fluyente, en el cual no se encuentran pre-establecidas divisiones de ninguna clase que pudieran servir a la aplicación de formaciones conceptuales. Y si pre-guntamos por qué el arco iris tiene siete colores y no tal vez cinco, la única respuesta podrá ser: porque en la imagen mítica del universo merece una especial distinción el número siete (así, por ejemplo, la semana tiene siete días). Y puesto que este principio ha perdido su validez en cuanto a nuestras designaciones de colores, nos resulta difícil reconocer la vigencia del número septenario.

Un ejemplo impresionante, que nos viene sobre todo de la lectura de Homero, lo constituye el hecho de que los griegos no tuvieran ninguna palabra para el azul, que a nosotros en cambio nos parece obviamente un color básico. Esto provocó en su tiempo toda una literatura acerca de la así llamada ceguera para el azul de los griegos. Hasta se pretendía explicarla aduciendo una confor-mación diferente del ojo. Las lenguas clásicas —así resu-me Ammann esta discusión— "si bien disponen de una cantidad de expresiones para referirse a este o a aquel tono de azul, no relacionan estas diversas manifestaciones con un valor básico dado, ni las conciben como matices de un mismo color. Para el hombre de la antigüedad el color azul, en efecto, no existe, y este hecho no pudo dejar de influir, por cierto, en la pintura antigua".²² A la inversa, existen por otra parte denominaciones griegas de colores (como *xvávzoç*) que para nosotros, los alemanes, resultan inaccesibles, "cerradas"²³ —aun cuando dispone-mos de ejemplos para tales denominaciones, ya que nos falta la comprensión del correspondiente núcleo central formativo de una unidad, y por lo tanto lo que allí aparece como un agrupamiento unitario, se nos presenta como

²² Ammann, *op. cit.*, pág. 129.

²³ Lipps, VS, pág. 28.

un compuesto de colores del todo diferentes. Algo similar sucede también con nuestra propia evolución del lenguaje: el hecho de que hasta bien avanzada la época del barroco la noche fuese parda, y de que sólo a partir del romanticismo sea azul, constituye un fenómeno que no puede explicarse con un cambio de significado de las palabras, sino que se funda en la circunstancia de que, en cada caso, se trata de cosas diferentes, que se ven unidas bajo el nombre de un color.²⁴ Aún hoy suceden cosas parecidas, cuando un color de moda (ya se trate de telas de vestir o de automóviles) pone de relieve como color determinado lo que hasta entonces sólo había sido un matiz casual de color; pero ahora estamos en condiciones de reconocer ese matiz también en otros contextos. Nuestra comprensión del mundo del color se ha visto con ello modificada y enriquecida.

Otro ejemplo más, extraído del copioso material que nos aportan los lingüistas con respecto a esta cuestión, es el siguiente: muchos pueblos habitantes de desiertos no saben distinguir entre verde y azul (ya que esta diferencia nada importa en su mundo), y en cambio disponen de numerosísimas designaciones colorísticas con referen-

²⁴ Ref. al problema de la noche parda, cf. K. Viëtor, *Die Barockformel "braune Nacht"*. "Zeitschr. f. deutsche Philologie", vol. 63, 1938, págs. 284 y sigs. Como documentos significativos pueden agregarse: Abraham a Sancta Clara: "Cómo se ve atravesado el aire húmedo por pardos velos" ("Huy! und Pfuy! der Welt". 1707. *Der Nebel*) ; Kant: "Cuando la temblorosa luz de las estrellas irrumppe a través de las sombras pardas de la noche" (*Obras*, ed. por E. Cassirer, vol. 2. Berlín, 1922, pág. 247) ; y también Nietzsche: "Sobre el puente se irguió en la noche parda" (*Venedig, op. cit.*, vol. 8, pág. 360). En cuanto a la historia de la palabra, cf. *Trübner's Deutsches Wörterbuch*. El que la palabra pardo para decir violeta "sea en verdad una palabra muy distinta", de modo que dos palabras diferentes han confluido aquí sin diferenciarse para formar una sola, no es en este caso lo decisivo. Lo que importa es que en general hayan podido confluir y así hayamos concebido como uniformes cosas de aparición diferente y que a lo sumo se distingue en matices de claroscuro; pues si en general el lenguaje guía a la percepción, esto significa que concebimos como congenial u homogéneo aquello que se designa con una misma palabra.

cia al amarillo y al marrón, esto es, los colores que predominan en el terreno de importancia decisiva en el mundo en que viven. Una vez más, ello significa que no sólo disponen en este sentido de una mayor cantidad de nombres, sino que al respecto también pueden ver más, que el dominio que les importa está estructurado para ellos con mayor riqueza.²⁵

Y aquí hemos de detenernos. La investigación comparativa de las designaciones de colores en los diversos idiomas ofrecería un campo abundante. Pero para nuestros fines sólo constituyen ejemplos, por cierto impresionantes, que demuestran hasta qué punto nuestra percepción es conducida por el lenguaje: sólo estamos en condiciones de percibir aquello para lo cual nuestro lenguaje tiene una palabra.

Con el ejemplo de los nombres de los colores quedó en evidencia un punto de vista general: si el mundo de las designaciones lingüísticas no está prefigurado en la realidad, sino que sólo ha sido aportado por el hombre y es realizado por éste, no existe ninguna estructuración general unitaria. Ésta difiere según las diversas lenguas, según los intereses y las necesidades vitales de los pueblos que las hablan. Es lo que ya Humboldt destaca: "Todas las demás (noción, es decir no las constructivamente producidas, sino las que se encuentran dadas en el lenguaje natural) actúan sobre la zona situada en su centro, si así puede llamarse al objeto que ellas designan, con un corte que las interfiere y las separa de diversas maneras, e involucran menos y más y otros y diferentes destinos".²⁶ Cada lengua puede arrojar la "red" de sus noción de diversa manera sobre la realidad. Las mallas de esta red no sólo pueden estrecharse de diverso modo, sino que, más allá de esta cualidad, también cada lengua puede juntar diversas cosas en una unidad, y separar por el

²⁵ Cf. Kainz, *op. cit.*, vol. 2, págs. 125 y sig. y la bibliografía allí indicada.

²⁶ W. v. Humboldt, *Obras completas*, edit por la Königlich Preussische Akademie der Wissenschaften. 1* sección. *Obras*, vol. 4, pág. 29.

contrario otras. Así surge una realidad construida de muy diversas maneras, dentro de la cual viven los hombres y en cuyo suelo arraigan y crecen los niños al aprender a hablar.

Los lingüistas, sobre todo los que se dedican a las llamadas lenguas "primitivas", han acopiado y puesto a nuestra disposición un rico material al respecto. Kainz lo ha resumido del modo siguiente en su *Psicología del lenguaje*: "Lo que más salta a la vista cuando se examinan los léxicos primitivos, es en todo caso la concreta especialización del vocabulario. Lo biológicamente importante, en virtud del acentuado interés que provoca, se pone de relieve también en el orden lexicográfico. Entre los lapones existen denominaciones específicas para el reno de un año, de dos años, de tres años y de cuatro años. Hay veinte palabras para designar el hielo, cuarenta y una para la nieve en todas sus formas, veintiséis verbos para el congelarse y para las formas del deshielo. Otra comprobación nos aporta el árabe antiguo con sus innúmeras expresiones para decir camello, león, etc. En reemplazo de nuestra palabra 'arena' los beduinos disponen de aproximadamente diez expresiones, mediante las cuales descomponen el objeto 'arena', que a nosotros nos parece uniforme, según su color, consistencia, resistencia al peso y demás elementos constitutivos importantes para ellos. Hay indios norteamericanos que tienen tal cantidad de expresiones especializadas para las distintas formaciones de nubes que sería imposible reproducirlas mediante el acervo lexicológico de una lengua cultural".²⁷ A nosotros no nos interesa en este sentido la estructura peculiar de las llamadas lenguas primitivas ni su polinomia ni el hecho de que en su ámbito vital dispongan generalmente de una mayor plenitud de denominaciones especiales, en desmedro de los conceptos generalizadores. Lo que en este sentido nos interesa es que en ciertas zonas para ellas importantes no sólo dispongan de mayor número de palabras, sino que con ayuda de éstas también se hallen

²⁷ Kainz, *op. cit.*, vol 2, págs. 124 y sig.

capacitadas para una percepción muchísimo más diferenciada, o sea que simplemente vean cosas que desde nuestro lenguaje nosotros no podemos ver.

Por otra parte, observar las lenguas primitivas puede a menudo servir para señalarnos rasgos de nuestra propia lengua que solemos pasar por alto. Sólo hemos de recordar el gran número de designaciones usadas para nombrar al caballo. Ciertos ámbitos vitales, que se destacan por su singular importancia para la vida, o que por lo menos se han destacado en este sentido alguna vez en la historia, se distinguen por un gran acervo de palabras y éste permite al hombre que de él dispone una visión y un trato más especializados.²⁸

d) *Las nociones como concepciones.* Habíamos partido de una representación simple del lenguaje, según la cual éste forma un reino de nombres con los cuales nombramos a la realidad. Así es como hay nombres propios y nombres genéricos, nombres para las cosas y para las nociones generales. Todo en nuestro mundo lleva su nombre. La clara determinación del nombre que pretendía que éste fuese una pura designación de un objeto, designación que en sí misma nada significa, fue ampliándose paso a paso y perdió con ello su definición. El nombre no es algo añadido a *posteriori* a un objeto de antemano conocido, sino que el nombre más bien transforma al objeto destacándolo como cosa determinada y definida. Y lo que en cada caso se destaca, no bien sobrepasamos el dominio de los puros nombres propios, depende del arbitrio de la lengua. Esto comienza por tener validez cuando se reúne a cosas nítidamente delimitadas mediante designaciones en común. La red de las designaciones lingüísticas puede tenderse de una manera más estrecha o más amplia, de tal modo o de tal otro. Pero esta regla adquiere mayor validez aun cuando se pretende trazar líneas fronterizas dentro del

²⁸ Cf. L. "Weisgerber, *Vom Weltbild der deutschen Sprache*. Semivolumen 2. *Die sprachliche Erschliessung der Welt*. Düsseldorf, 1954², págs. 66 y sigs., 79 y sig. ídem, *Die Muttersprache im Aufbau unserer Kultur*. Düsseldorf, 1950, págs. 30 y sigs.

reino de las transiciones siempre fluyentes con el fin de destacar algo determinado. El lenguaje no hace el dibujo de un mundo ya estructurado, sino que en grado decisivo introduce el lenguaje la estructuración en el mundo. Es creativo. Podemos seguir designando como nombres todo este dominio de designaciones lingüísticas, a pesar de que la noción rigurosa del nombre comienza a disolverse entonces paulatinamente en cuanto designación pura.

Para comprender este influjo del lenguaje, hemos de dar todavía un paso importante. De modo deliberadamente indefinido habíamos dicho que las palabras constituyen nombres para nociones. Pero no quedó definido qué debe entenderse como nociones. De acuerdo con conceptos tradicionales, las nociones se obtienen mediante la abstracción de una diversidad dada y se determinan con definiciones. La definición se realiza académicamente mediante la indicación de una noción más amplia y que sea la más próxima superior, agregándosele un signo diferencial (mediante el *genus proximum* y la *differentia specifica*). (Digamos, por ejemplo: el cuadrado es un rectángulo con lados iguales entre sí.) Y puesto que dentro de la secuencia de las nociones es posible ascender cada vez más alto, la totalidad de las nociones va ordenándose en la conformación de una pirámide nocional, cuyo punto más elevado y más general es la noción del ser. A la inversa, partiendo de este punto es posible descender lentamente atravesando progresivas diferenciaciones hasta llegar a las nociones individuales. La posibilidad de abarcar el mundo con la mirada depende de este sistema.

A partir de este conocimiento se ha visto una y otra vez que una de las tareas esencialísimas de la educación y ante todo de la enseñanza escolar consiste en transmitir a los niños nociones claras, usando como criterio la posesión de definiciones nítidas. De ahí la gran importancia que se atribuyó a los ejercicios de definición. Y provocaba risa la falta de habilidad de los niños que contestaban a la pregunta por la noción según el esquema: X es, si... A este contexto pertenecen también los ejercicios de as-

cender hacia nociones superiores y descender hacia inferiores, cultivados particularmente por Basedow, por ejemplo. Tales ejercicios desempeñaban un papel grande en el quehacer escolar tradicional. Todo conocimiento cierto del mundo parecía depender de un conocimiento cierto de las nociones y éstas a su vez debían acreditarse mediante claras definiciones. En consecuencia, la aptitud para formar definiciones claras constituía la pieza medular de toda formación intelectiva. Hubo algo, sin embargo, que debió haber despertado sospechas: la artificiosidad y el carácter de juego inherentes a todos estos esfuerzos, que se observan aun en el caso de un educador tan genial como Pestalozzi. En el fondo, todos los ejercicios de definición eran sólo un ocioso deporte mental, perfectamente útil como ejercicio fortuito de las fuerzas intelectuales, pero que carecía de valor formativo importante.

El maestro sensato sentía sin duda esto, aunque sin encontrar salida alguna respecto a tal calamidad. Sin duda esa salida no puede hallarse mientras* se conserva el concepto de las palabras como nombres de nociones definibles.

Aquí debe entrar en función el nuevo modo de reflexionar y la premisa de cuestionar fundamentalmente el supuesto de que todas las nociones son definibles. Desde luego, puede darse por sobrentendido que ciertas nociones son definibles. Nociones matemáticas, físicas, pero también jurídicas y en general científicas, pueden y tienen que ser claramente definidas. Pero la cuestión que se plantea es si *todas* las nociones pueden ser definidas. Y a esta pregunta tendremos que responder negativamente. En el fondo, sólo puede haber nociones definibles allí donde es posible una estructura sistemática constructiva. No bien pasamos, en cambio, hacia el lenguaje nacido en la vida cotidiana, esta posibilidad cesa, sin que ello se haga notar como falla en nuestra forma de asumir la vida. Nos encontramos por lo tanto ante la alternativa o bien de atenernos al concepto tradicional de noción definible —y entonces nos vemos obligados a admitir que

hay muchas palabras sin que les correspondan nociones—, o bien de corregir en lo fundamental nuestros conceptos de noción.

A este respecto, le debemos una vez más a Hans Lipps la ruptura decisiva. Lipps designa esta otra forma, o sea las nociones no definibles, como concepciones. Luego de haber establecido, en su *Lógica hermenéutica*, que existen nociones con las cuales resumimos algo, adoptando una actitud teórica un tanto similar a la del diagnosticador, continúa diciendo: "Usualmente, sin embargo, llegar a reconocer algo equivale a poder arreglárselas a su respecto"²⁹ vale decir, a poder tener trato con ese algo. Frente a la actitud teórica, es ésta la actitud de la vida actuante. Lipps continúa: "En su modo de ser tratables, las cosas, en la medida en que tengo que habérmelas con ellas..., se convierten en lo que son. Comprenderlas quiere decir tomarlas por... Como pueden tomarse, digamos, resistencias, para entenderse con ellas. Las concepciones facilitan el avance. Se trata de asideros que uno domina, con los que puede asir algo, mediante los que uno mismo logra un sostén". El recurso del asidro se presenta en los escritos de Lipps en diversas ocasiones. Para él la palabra noción * está emparentada con asir. Designa algo que agarro para tener trato con ello, para utilizarlo debidamente. "Concebir las cosas quiere decir: considerarlas como...". Vale decir como algo útil que introduzco para mis necesidades. Y esto por lo que tomo las cosas se designa luego por la palabra. Lipps expone entonces algo que llega a ser decisivo para la didáctica: "Tales concepciones existen únicamente en su realización como asideros. Por esta razón, si bien pueden ser claramente expuestas, no es posible presentarlas en forma perdurable al igual que las nociones conformadas a la representación que sirven para resumir. Tales concepciones resultan accesibles sólo a través de ejemplos: al permitir adoptar... subrepticiamente un punto de vista

²⁸ En alemán *Begriff*, noción o concepto, deriva de *greifen*, asir. (N. del T.)

²⁹ Lipps, HL, pág. 56.

que se torna orientador para la visión de conjunto y que activa las referencias constitutivas..."³⁰ Volveremos en seguida sobre esta cuestión, desde el punto de vista genealógico. Aquí sólo mencionaremos un ejemplo con el que Lipps aclara la esencia de semejante concepción: "Una noción puede ser comprendida como *camino* en la medida en que se aprende a descubrir un camino también allí donde falta toda señal exterior de ello".³¹ Así la noción de "camino" no se obtiene gracias a la abstracción procedente de muchos caminos individuales, ya que puede suceder que allí donde busco un camino no existan en absoluto las señales de ello: por el contrario, sólo en virtud de la decisión de alcanzar una meta concibo lo que es un camino, vale decir, aquello que en determinado modo despeja un espacio.

El hecho de que tales nociones no sean sistemáticas, sino de que en cada oportunidad consistan en abordar la realidad de un modo particular, es cosa que hemos de destacar todavía especialmente.

e) *Un ejemplo: la silla.* Trataré de esclarecer la naturaleza de tales concepciones por medio de un ejemplo: la silla.³² Todos sabemos qué es la silla que diariamente utilizamos. Pero si intentamos definir qué es una silla, nos invadirá una gran perplejidad, sobre todo si prescindimos de los intentos "infantiles" de recurrir a la finalidad utilitaria y tratamos de definir a la silla desde un minto de vista "objetivo", en cuanto cosa espacialmente material, de determinada forma. ¿Cuáles son las señales que permiten definir una silla como silla? (Ejecutar este ensayo *in extenso* sería muy demostrativo, pero nos llevaría demasiado lejos en este caso.) Pero aun cuando se incluya a la silla en la noción inmediata superior de "mue-

³⁰ Lipps, HL, págs. 56 y sig.

³¹ Lipps, HL, pág. 57.

³² Cf. H. Gipper, *Sessel oder Stuhl? Ein Beitrag zur Bestimmung von Wortinhalten im Bereich der Sachkultur.* En: "Sprache Schlüssel zur Welt. Festschrift für L. Weisgerber". Düsseldorf, 1959, págs. 271 y sigs.

ble para sentarse", sólo reemplazaríamos una noción familiar por otra artificial que, en el fondo, ha sido inventada únicamente para lograr una definición adecuada. En verdad, sólo queda esa respuesta infantil que cualquier maestro trata de borrar en la cabeza de sus alumnos: una silla es algo sobre lo cual uno se sienta. Pero tampoco esto es suficiente, pues uno puede sentarse asimismo sobre muchas otras cosas. Y repite entonces la pregunta: ¿cuál es el criterio que se aplica para caracterizar a una silla entre las diversas posibilidades de sentarse? De este modo aquí se afirma lo que antes, siguiendo a Lipps, hemos expuesto en términos generales: semejantes nociones no surgen de una realización cognoscitiva teórica —como cuando reunimos ciertos objetos de acuerdo con relaciones exteriores de similitud—, sino únicamente del trato práctico con el mundo, y sólo desde este ángulo pueden aprehenderse. Emergen, para hablar con Heidegger, del mundo de lo que está a mano y, como tales, se sustraen al dominio de la lógica tradicional.

Con un criterio un poco más amplio, pues, tenemos junto a la silla toda una serie de muebles para sentarse: el banquito, el sillón, el banco, el sofá y también el trono. En una exposición de Munich que tuvo por tema "La silla: Su función y construcción desde la antigüedad hasta el presente",³³ se exhibieron también muchas otras formas, desde la silla plegadiza y la silla de arcón hasta la *bergère*, el *fauteuil*, la silla hamaca, la *chaiselon-gue*, etcétera. Resultaría sin duda difícil de definir a todos estos tipos de silla de un modo diferencial según señales objetivas, pues las diferencias verdaderas radican enteramente en otro aspecto: son las diferentes maneras de sentarse las que van creando los muebles que les corresponden. Por ejemplo, sólo se comprende qué es un escabel, un taburete, un banquito, cuando se sabe que sirve para sentarse acurrucado, casi en cuclillas. Y el sentarse así tampoco puede definirse como cierta sub-

³³ *Der Stuhl, seine Funktion und Konstruktion von der Antike bis zur Gegenwart. "Die neue Sammlung".* Munich, agos-to-sept., 1960.

especie del sentarse, ya que se trata de una forma totalmente independiente de las posturas del cuerpo. Lo que en el mobiliario en cuestión descubrimos como señales objetivas sólo adquiere sentido en el modo correspondiente de sentarse (como negligentemente tenemos que expresarnos a falta de mejores designaciones lingüísticas) cuando éste por sí mismo se relaciona con el objeto. Se trata, por así decirlo, de la objetivación de una determinada manera de sentarse.

Partiendo de ahí comprendemos que sólo un ente corporalmente organizado como corresponde está en condiciones de concebir, de asir la noción de una pieza semejante del mobiliario. Supongamos por un momento —como puro experimento intelectual— la existencia de un espíritu incorpóreo puro o bien la de un ser vivo provisto de las mismas facultades mentales, pensemos en un perro con mentalidad humana, y veremos que éstos no serían capaces de concebir la cosa en cuestión, a no ser dando un rodeo para lograr la comprensión del hombre.

Pero ello tampoco depende sólo de la organización corporal. Si recurrimos a un ámbito cultural diferente y nos encontramos, por ejemplo, con un banquito como los que usan los polinesios como sostén de la cabeza cuando duermen, se nos presenta a primera vista una cosa de conformación extraña en la que acaso sospechemos la presencia de un utensilio. Sólo el conocimiento de las formas de vida de una cultura ajena puede transmitirnos la noción. Si dijimos antes en términos generales que únicamente un ser que tiene necesidad de sentarse puede comprender lo que es una silla, hemos de recordar ahora que el sentarse no constituye en modo alguno una posición natural de descanso para el hombre. Hemos de comprender con claridad que la silla es un invento relativamente reciente. Si omitimos el trono como asiento para el soberano —que implica una forma de sentarse diferente, condicionada por un ceremonial y de ningún modo apropiada para descansar—, veremos que la silla sólo ha surgido con sus características básicas en la Edad Media occidental. Incluso en la actualidad la mayor parte de la

humanidad ignora la silla y también el sentarse en el sentido en que nosotros lo practicamos. Ello vale no sólo respecto a los llamados pueblos primitivos, sino también para culturas elevadas como las del Extremo Oriente. Advertimos, pues, que sentarse en una silla constituye una posición de descanso humano históricamente configurada, y tal vez también pasajera desde el punto de vista histórico. Una historia espiritual del sentarse (que es fundamentalmente bastante más que una historia de los estilos de los muebles para sentarse) plantearía un problema interesante y de alcances profundos.

No bien se observa se advierte que la mutación penetra incluso en nuestros días. Cuando hoy, por ejemplo, dada la cotización general de las antigüedades, resulta difícil vender un sofá de la época del romanticismo burgués (*biedermeier*), ello se debe a que al hombre actual no le atrae sentarse en el mismo, porque no responde a sus exigencias de comodidad. Sin duda, no podemos afirmar que una cama turca moderna o un sofá-cama sean más cómodos, pero el hombre actual los siente más adecuados para él. Y si pensamos en las sillas de comedor del siglo XIX, debemos reconocer que éstas serían una tortura para el hombre moderno. En semejante silla no se siente cómodo, se encuentra demasiado rígido, demasiado tenso. Y sin embargo esta silla sirvió para sentarse en el preciso sentido de la palabra. En un sillón moderno o, mejor dicho, dentro de un sillón moderno, uno ya no puede estar sentado, sino a lo sumo apoltronado, repantigado. Para el modo de sentarnos que nosotros sentimos como natural, nuestros padres difícilmente encontrarían una expresión reproducible en la lengua escrita.

Creo que en esta digresión se ha puesto en evidencia algo esencial: si pasamos de la naturaleza independiente del hombre al medio ambiente técnicamente transformado por el hombre, vemos que éste configura su mundo conforme a sus necesidades y de una manera históricamente mutante. No se trata de un mundo existente que a *nosteriori* es aprehendido mediante nociones, sino al revés: el hombre configura su medio ambiente según

sus nociones. Dicho con mayor precisión: la noción y el objeto se generan en el mismo proceso; no en la contemplación teórica del mundo (lo que implica siempre un mundo ya existente), sino en la creación de este mundo. La noción no sólo reproduce una imagen, sino que es por sí misma productiva. Y sólo porque la sociedad entera ha producido el objeto de acuerdo con su necesidad puede el individuo asir luego la noción por medio del objeto. Las nociones son medios de orientación dentro de este mundo circundante o, según Lipps, son "asimientos", mediante los cuales logramos adueñarnos de la realidad.

Con este ejemplo se confirma lo que habíamos anticipado al tratar de la noción típica de la concepción: cada una de estas nociones mediante las cuales concebimos el mundo, aprehende al mundo a partir de su propia necesidad. No hay detrás ninguna noción superpuesta que luego se diferencia: cada noción penetra inmediatamente en la realidad, asíéndola. Silla, taburete, banco, etc., no obedecen a ninguna noción superior o sobrepuerta, a no ser que introduzcamos una palabra artificial y extraña al lenguaje, como mobiliario para sentarse. Y sentarse, acurrucarse, acuclillarse, etc., tampoco obedecen a ninguna noción superpuesta, a no ser que introduzcamos la de posturas corporales semierguidas. Todo pse esquema de *genus VTOxvmuvn* y de *differentia svecifica* se quiebra, puesto que cada noción aprehende de una nueva manera y crea su mundo peculiar. La unidad del mundo se disuelve en la multiplicidad de las perspectivas

A pesar de todo, aún podemos seguir llamando nombres a las designaciones lingüísticas de estas concepciones ("por más que esto se convertiría en una vasta "discusión acerca de palabras"). La cosa en cuestión "se llama" no más silla. Y podemos hacerlo acaso con mayor facilidad aún que anteriormente, ya que los "asimientos" que <;<= acuñan en estas concepciones emergen del trato actuante con el mundo, y pueden entrar ampliamente en acción con independencia de la conducta lingüística. Ellos no se encuentran todavía lingüísticamente preformados (por lo menos en lo fundamental).

2. EL SIGNIFICADO DE LAS PALABRAS•

a) *La discriminación entre palabra y nombre.* Hasta í ahora hemos considerado a las palabras únicamente en „ la medida en que constitúan nombres puros (nombres • propios o nombres para entidades conceptuales), entendiendo por nombre, en el sentido de Ammann, una palabra que designa algo pero no expresa nada, vale decir que su función consiste en señalar algo sin aportar nada para la comprensión de aquello que señala o para nuestra actitud frente a aquello que señala. El nombre propio que un hombre posee no declara en absoluto qué clase de hombre es. Lo designa, pero no lo caracteriza.³⁴ En sí mismo no tiene significado alguno. Pero también el nombre de una cosa es en sí mismo algo extrínseco a esa cosa; dice simplemente que algo se llama así, no declara nada acerca de esa cosa y no aporta nada para su comprensión. En la medida en que las palabras no son nada más que nombres para las cosas, resultan también traducibles de una lengua a otra sin perder su sentido. Sin embargo, no todas las palabras son meros nombres. Por más que en general los límites sean imprecisos, de manera que a menudo no se sabe a qué atenerse, fundamentalmente es necesario que discriminemos con claridad entre ambas nociones. Muchos errores de la filosofía tanto como de la pedagogía proceden del hecho de no haberse practicado esta diferencia, y de que se haya tomado a las palabras sin más por nombres para las cosas. Pues los nombres puros son siempre, dentro del lenguaje, sólo determinados fenómenos fronterizos que no expresan todavía en absoluto la esencia plena de la lengua.

De todas maneras hasta ahora hemos utilizado el lenguaje (en una simplificación metodológicamente útil) sólo en la medida en que existen designaciones lingüísticas para las cosas y en la medida en que la red de tales designaciones es arrojada sobre la realidad de distinta manera

³⁴ Cf. Ammann, op. cit., pág. 47.

según las distintas lenguas. También en este sentido nos habíamos detenido en la función puramente mostrativa del nombre. Pero en realidad en el lenguaje el nombre sobrepasa esa mera función designativa, aun tratándose del puro nombre, al añadir algo que procede de los recursos lingüísticos específicos, que no sería explicable a partir de la pura designación y que ahora contribuye a la interpretación de lo designado. Esto hace que se vea condicionado por el lenguaje no sólo *aquello* que concibo (o no concibo), sino también el modo *como* lo concibo y lo incorpooro a mi mundo. Basándome en las exposiciones de Humboldt, interpreto aquí tan sólo algunas posibilidades.

b) *El carácter expresivo de la palabra.* Toda palabra no es meramente un signo fonético arbitrariamente elegido, sino que, en cuanto formación sonora, también posee un determinado tono emocional, un determinado carácter expresivo que ejerce su efecto en la comprensión de lo que con ella se designa. Ya se trate de una vocal alta o baja, de una consonante dura o blanda, toda palabra tiene su carácter expresivo emotivamente asible, que a menudo aun se ve reforzado por medios gráficos que aluden al sonido. Fröbel y también otros desarrollaron toda una simbólica fonética.³⁵ Recuérdese el conocido poema de Rimbaud *Vocales*.³⁸ Ernst Jünger recogió ideas parecidas en su *Elogio de las vocales*.³⁷ Aun cuando hay mucho de juego en todo esto y aunque ello no resulta científicamente sostenible, se ha señalado en esos casos un rasgo esencial del lenguaje. Forman parte de ese ca-

35 Cf. Fröbel, *op. cit.*, pág. 134: "Las partes componentes de las palabras (visibles como letras) no son por lo tanto de ningún modo algo muerto, por cuya composición arbitraria o casual surgen palabras... sino algo que lleva un significado en sí mismo, y va formando la palabra de acuerdo con un ordenamiento coherente y necesario".

36 A. Rimbaud, *Voyelles*. Poesías completas, con traducción alemana por W. Küchler. Heidelberg, 1946, pág. 105.

37 E. Jünger, *Lob der Vokale. "Blätter und Steine"*. Hamburgo 1941², págs. 47 y sigs.

rácter de la palabra los efectos fonético-gráficos y onoma-topéyicos y muchos otros. Ello ha sido investigado tan detenidamente en el campo de la lingüística que aquí nos basta con señalarlo. El "cuerpo verbal", por así decirlo, forma parte inseparable del significado de una palabra. Y aun cuando no le prestemos mayor atención, subrepticiamente la sonoridad de las palabras nos orienta en cuanto a la comprensión de lo que significan. En este sentido Humboldt declara: "La palabra (entendiéndose en este caso la formación fonética), que hace que la noción se convierta en un individuo del mundo del pensamiento, añade a ésta mucho de lo suyo, y al recibir la idea, gracias a la palabra, su determinación, queda al mismo tiempo aprisionada dentro de ciertos límites".³⁸ "Sin embargo, la noción puede desprenderse tan poco de la palabra, como puede el hombre dejar de llevar sus rasgos faciales."³⁹ Aun cuando este carácter expresivo no autoriza a formular postulados de vigencia general, el individuo se halla en un estado de dependencia respecto a él.

Tal carácter expresivo tiene vigencia aun en el reino de los puros nombres propios, de modo que todo lo dicho anteriormente debe modificarse un tanto si lo consideramos desde este ángulo. Proust lo ha dicho en forma insuperable al describir cómo la imagen de una ciudad extraña va medida determinada por la sonoridad de su nombre. De los muchos ejemplos contenidos en su obra citaremos aquí uno sólo: "El nombre Parma Cuna de las ciudades que yo más ansiaba visitar desde que había leído *La Chartreuse*) se me aparecía firme, liso, pardo-violeta y suave, ñor eso, cuando alguien me hablaba de alguna casa situada en Parma y en la que podría encontrar albergue, me procuraba un pensamiento placentero, me sugería que yo viviría en una morada lisa, firme, pardo-violeta y suave que no guardaba relación alguna con las viviendas de cualquier ciudad italiana, puesto que mis representacio-

³⁸ Humboldt, *ov. cit.*, vol. 4, pág. 23.

³⁹ Humboldt, *op. cit.*, vol. 7, pág. 100.

nes respectivas no descansaban en nada más que en las graves sílabas del nombre Parma".⁴⁰

Como comprobación de que no se trata de una peculiaridad de un poeta tal vez específicamente sensibilizado al respecto, mencionaremos otro ejemplo de procedencia enteramente distinta. Karl Philipp Moritz escribe en su *Anton Reiser*: "En general, en su infancia, solía Anton sentirse inducido por la sonoridad de los nombres propios de personas o ciudades a concebir extrañas imágenes o representaciones de los objetos que esos nombres designaban. El nivel sonoro de las vocales en un nombre semejante contribuía en grado máximo a determinar la imagen. Así el nombre de Hannover sonaba siempre en su oído como algo magnífico, y, antes de haberla visto, esa ciudad era para él un lugar con altas casas y torres y de aspecto claro, luminoso. Braunschweig le parecía un sitio alargado, de aspecto más oscuro y más grande, y a París (guiado también por un sentimiento oscuro inspirado por el nombre) se la representaba preferentemente como ciudad plena de casas claras, blancuzcas".⁴¹ Lo que aquí se ha expresado con ejemplos especialmente nítidos tiene importancia decisiva para la comprensión del hombre y sobre todo del niño pequeño (Moritz, por cierto, habla de un niño). Sólo que los niños rara vez se atreven a reconocerlo y así estas cosas también rara vez se tornan palpables.

c) *Las metáforas*. Existe, empero, otro influjo muy distinto que el lenguaje ejerce sobre la comprensión de las cosas y de los sucesos que describe. Éste se basa en el hecho de que en el lenguaje ninguna palabra existe por sí sola, sino que de los troncos lingüísticos se derivan familias enteras de palabras que se conciben como una integridad coherente, y dentro de las cuales la comprensión de la palabra individual se orienta siempre de con-

⁴⁰ M. Proust, *Auf den Spuren der verlorenen Zeit. J. Der Weg zu Swann*, en traducción de R. Schottländer. Berlin, 1925, vol. 2, pág. 290.

⁴¹ K. Ph. Moritz, *Anton Reiser*. Insel Verlag o. J., pág. 49.

formidad con ese todo. Así, por ejemplo, de viajar deriva viaje, viajero, viajante, viandante, viático, etc. Se trata I de todo un sistema de semejanzas de concepción, de ana-

logías, etc., que atraviesa la lengua y crea un sistema de referencias que nunca podría descubrirse si se partiera del puro pensamiento abstracto. Ni siquiera es necesario que en todos los casos el nexo de derivación se experimente en forma consciente (como en los ejemplos que acabamos de nombrar); este nexo actúa subrepticiamente en la comprensión de tales nociones y puede ser sacado a la luz mediante una reflexión expresa (tal como lo ha logrado en forma muy bella Giel con respecto a la noción de la experiencia^{41a}). En estos casos la etimología llega a ser un recurso legítimo para la comprensión concreta. Esta fuerza del lenguaje capaz de crear nexos que no están dados en la cosa por sí mismos resulta de particular importancia. Nos hallamos ante las llamadas metáforas. Bajo metáfora se entiende, como se sabe, la transferencia de una palabra desde su significado original hacia un nuevo ámbito. En tal caso se habla de un sentido figurado de la palabra en cuestión, de un sentido transferido. El lenguaje no designa a cada cosa nueva con una palabra nueva especialmente acuñada para ella, sino que procede con su acervo de palabras de un modo más económico, transfiriendo una palabra ya existente, en virtud de alguna analogía, a un nuevo dominio. Pongamos por caso la palabra pluma, que en primer lugar significa una pluma de ave y ha sido transferida a la pluma para escribir. Tales metáforas se presentan no sólo ocasionalmente, sino que atraviesan todo el idioma, en especial en la zona de lo espiritual y lo anímico (cuando se piensa, se siente, se adopta una actitud, etc.). Ya sea que entendamos algo, que lo aprehendamos o que lo abarquemos con la mirada, etc., por doquier se trata originariamente de significaciones sensoriales, palpables, que en estos casos son transferidas a procesos espirituales. Kainz acentúa con razón: "La metáfora es un fenómeno primario de la vida

^{41a} K. Giel, op. cit.

idiomática... Casi todo nuestro caudal idiomático descansa sobre una base metafórica".⁴² Por lo demás, si la metáfora propiamente dicha se basa en el hecho de que se la comprende en cuanto metáfora, vale decir en cuanto uso lingüístico figurado, transferido, mientras que permanece vivo en la conciencia el significado original, con el correr del tiempo puede llegar también a pulirse hasta el punto de que ya no se la sienta como metáfora. En este sentido, Jean Paul, en una sentencia muy citada, caracterizó a nuestro lenguaje como diccionario de metáforas empalidecidas.⁴³ La metáfora se convierte de tal modo en un significado verbal independiente.

Vista así, la metáfora podría aparecer como expresión de un defecto de nuestro lenguaje, obligado a recurrir a semejantes soluciones de emergencia por falta de fuerza para formar una nueva palabra para cada noción. En realidad, este aparente defecto, en virtud del cual se designan cosas diversas con una misma palabra, es expresión de una singular perfección. Si en verdad el lenguaje designara con una nueva palabra cada nuevo objeto, surgiría una cantidad inabarcable de palabras incoherente-mente yuxtapuestas. Todas juntas sólo transmitirían una imagen del mundo parecida a una especie de mosaico en el cual una partícula se coloca junto a otra. En virtud de la metáfora, en cambio, todo nuevo fenómeno se retro-trae a los fenómenos ya conocidos, y queda de tal suerte incorporado desde el primer momento al marco deter-minado de un horizonte intelectivo. Cuando, por ejemplo, hablo del pie de la lámpara, no es que éste simplemente se denomine pie. No se trata de un mero nombre para esta parte de la lámpara, sino que de un modo determi-nado se lo incluye dentro del cuadro de una compren-sión ya existente. Un pie es algo sobre lo cual uno se para, y desde ahí se entiende la función de esta parte de la lámpara. Es como si en cierto modo se la personificara, al concebirse su posición sobre la base como un estar

⁴² Kaínz, op. cit., vol. 1, pág. 239.

⁴³ Jean Paul, *Vorschule der Ästhetik*. Parágr. 50, op cit., vol. li, pág. 170.

parado, estar de pie. Esto tiene validez general con respecto al uso metafórico. Se trata de una interpretación (no sólo de una denominación) de la cosa a que nos referimos. Ésta ya no se ve "tomada" de un modo determinado, innecesario, sino que se convierte en motivo de una realización productiva del lenguaje, que puede llevarse a cabo de diversas maneras en las diversas lenguas. Únicamente en virtud de las metáforas se instala mediante el acervo de palabras de la lengua una trama de referencias significantes, que estructuran el mundo de una manera determinada única, en la que, por otra parte, ciertas cosas van unidas y otras separadas. Para dar un solo ejemplo, por cierto bien importante, el hecho de que la palabra *idea* derive en griego de ver y no de oír, influyó de modo decisivo en el desarrollo de la filosofía occidental. Tan sólo gracias a las metáforas, pues, adquiere el mundo una estructura interior, una estructura que no sólo es legible, sino que es engendrada por el hombre e introducida en su mundo de modo interpretativo.

Se agrega a esto algo más: mientras que un mero nombre sólo indica cómo se llama una cosa, en el caso de la metáfora se ejercita un movimiento. El oyente comprende la comparación sólo si realiza dentro de sí —aunque sea de modo muy tenue— la misma comparación y con ello el mismo movimiento ideativo del cual luego surge el entendimiento. La metáfora no se da por satisfecha con un pasivo oír, sino que obliga al oyente a pensar por sí mismo y sólo de tal forma el entendimiento, el simple entendimiento de la palabra, llega a ser una realización intelectual activa. Fichte se refirió a este aspecto con particular precisión: "Quien quiera llegar a la cosa misma, ha de poner en movimiento su propia herramienta intelectual, aplicando la regla que le indica la imagen".⁴⁴ La palabra individual aparece sostenida por todo un trasfondo, y con la comprensión de la palabra individual ha de lograrse también la realización de dicho trasfondo.

⁴⁴ J. G. Fichte, *Reden an die deutsche Nation. Obras*, edit. por F. Medicus. Vol 5, pág. 428.

Se puede objetar, naturalmente, que no es necesario que exista tal comprensión del trasfondo acompañante. Las metáforas "se marchitan" y se convierten en significados verbales independientes. Cuando se menciona una pluma para escribir ya no suele pensarse en la pluma de ganso. En este sentido muchas cosas sólo pueden ahora ser descubiertas por el filólogo. (¿Quién recuerda, por ejemplo, que "palabra" se relaciona con "parábola"?) Pero esto no ocasiona grandes daños: frente a las metáforas que empalidecen se crean constantemente otras nuevas, y aun en las empalidecidas continúa una ligera reverberación del significado original.

Pero con todo esto la función de las metáforas queda insuficientemente definida. No todas tienen por objeto expresar idiomáticamente algo que hasta el momento no ha sido designado. También pueden servir para definir de modo más atinado, más ilustrativo, algo que en sí ya dispone de una denominación. Sirven de tal forma para dar mayor intensidad al lenguaje. Si, por ejemplo, digo que el comportamiento de un hombre es "bestial", con ello no se traslada la noción de la bestia a otra realidad, que en tal caso es designada como bestia en un sentido impropio,⁴⁵ sino que se caracteriza el comportamiento del hombre con referencia al animal. Porzig destaca sobre todo este aspecto. "La transferencia no es, pues, un recurso ocasional de emergencia, sino un procedimiento regular, destinado a crear designaciones ilustrativas en los casos en que no se dispone de ellas o en que se han vuelto obsoletas".⁴⁶ Y luego añade que la palabra utilizada con un significado transferido "aporta así, en cierto modo, la atmósfera del ambiente que le es propio, y en ello se funda precisamente su efecto ilustrativo e incisivo". Porzig da como ejemplos: excusas rengas, pretextos malolientes, explicaciones torcidas, argumentos rápidos. Todas estas expresiones también podrían formularse de modo más directo: excusas inhábiles, explicaciones in-

⁴⁵ Lipps, VS, pág. 66.

⁴⁶ Porzig, *op. cit.*, pág 36

exactas, etc. Pero tales expresiones serían pálidas. Sólo en virtud de la caracterización metafórica se logra una puntería segura. "Uno ve renquear a las excusas, percibe el olor de los pretextos sacados de algún balde de desperdicios, nota las líneas desplazadas de la explicación y la manta deshilaciada de los argumentos".⁴⁷

En este sentido, la metáfora es particularmente un recurso para la creación poética, en la medida en que la tarea de los poetas consiste en llevar las declaraciones idiomáticas a una superlativa expresividad. Por esta razón la metáfora fue ante todo una cuestión de estética. La metáfora se presenta en estos casos como una abreviada comparación. Y sin duda también en este terreno la metáfora alcanza su máximo enaltecimiento. No obstante, se ignoraría su verdadera esencia si se viera en ella nada más que un "ornamento" poético del discurso. Por el contrario, lo que en la poesía se destaca en su más elevada gradación, constituye un principio formativo que atraviesa todo el lenguaje y que debe apreciarse en tal función universal, vale decir de acuerdo con su facultad de interpretar y estructurar la realidad en un sistema de nexos que establecen un sentido.

d) Las *concepciones lingüísticas*. Podemos dejar a un lado la cuestión de si con estas definiciones queda suficientemente caracterizada la naturaleza del uso idiomático metafórico, ya que de todos modos hemos de proceder a examinar una ampliación esencial de las consideraciones expuestas hasta ahora. Pues el significado de una palabra se escinde a menudo y se produce una multiplicidad de posibilidades de aplicación, sin que pueda recurrirse en este caso a la noción de lo metafórico para discriminar así entre significado básico y significado transferido o figurado. Nos asociamos una vez más a Hans Lipps, quien, por lo que advierto, nos ha llevado hacia lo más profundo de estos nexos. Lo mejor será que partamos de ejemplos en que se basa el propio Lipps: "*La feria* se encuentra no lejos de aquí: pero también *la feria* comienza a

⁴⁷ Porzig, *op cit.*, pág. 36.

las ocho de la mañana. Pero *gritar como en la feria* se dice asimismo cuando se hace referencia a un modo impropio y exagerado del uso de la palabra. *Feria* significa en todos estos casos lo mismo: se refiere a un determinado quehacer, a una determinada agitación. El significado del vocablo permanece indiferente frente a la diversidad de aquello que por su medio puede nombrarse o designarse o expresarse".⁴⁸ O bien este otro ejemplo: "Cuando se yuxtapone: *la mesa* en el cuarto, ir a la mesa, partir de *sobremesa*, etc., lo que aparece aquí significativamente en todos los casos es *la mesa* como centro del orden doméstico y de la comunidad. Representa, por así decirlo, aquello que en ella se condensa. Aquello en cuya función algo es *mesa* no puede citarse simplemente en cuanto objetivo práctico. También es algo sabido cuando, por ejemplo, se habla de *la mesa* en el laboratorio en cuanto lugar adecuado, en cuanto centro regulador de su instalación. Lo que se reconoce como *mesa* y se comprende así prácticamente, vale decir que de acuerdo con ello se utiliza y se trata como tal, se ve como rozado por una nueva y específica interpretación intelectiva cuando se lo encuentra expresado en la palabra *mesa*".⁴⁹ No se puede decir sencillamente que el "significado básico" de mesa es el de un mueble, pues esta relación actúa también a la inversa, y la manera cómo se concibe este determinado mueble se ve a su vez modificada y enriquecida por los significados "transferidos"; se lo percibe "rozado por una nueva y específica interpretación intelectiva". Lo que en verdad significa la palabra feria o la palabra mesa no tiene ningún significado intrínsecamente definible, ni tampoco una serie de significados surgidos a través de la transferencia de una noción básica; permanece "indiferentemente abierta" frente a sus diversas posibilidades de aplicación. "Ninguna palabra de la lengua queda regionalmente fijada. Lo que significa

⁴⁸ Lipps, HL, págs. 90 y sig.

⁴⁹ Lipps, HL, pág. 91.

no puede fijarse en forma objetiva".⁵⁰ Lipps menciona como otro ejemplo el vaso que puede ser recipiente, vehículo, florero, la determinación de una medida y muchas otras cosas. "La determinación del significado es distinta de la de la noción; la abierta indiferencia de feria, mesa y vaso no es una 'generalidad'."⁵¹

El lenguaje, por lo tanto, cumple aquí una realización creadora, al reunir diversas cosas a partir de un centro unitario. "El lenguaje actúa ordenando, en la medida en que su articulación estructura el contexto de la realidad."⁵² Este centro, sin embargo, en el cual o desde el cual se junta lo diverso, no puede indicarse independientemente de las diversas posibilidades de aplicación, sino que sólo puede ser rastreado partiendo de estas últimas. Lipps retoma para la designación de este rendimiento idiomático la noción de las *concepciones*. Nos ocupamos antes de las concepciones prácticas que emergen en el trato activo con el mundo, de los "asimientos", "mediante los cuales se logra aprehender algo y con los cuales se logra también un sostén propio",⁵³ y lo hemos explicado mediante el ejemplo de la silla. Tampoco estas concepciones son idiomáticamente libres, pero en estos casos el lenguaje sólo sirve para designar lo asido y no es orientador en cuanto a la forma de la concepción. Lo que, por ejemplo, se concibe como silla o como cama, se ve condicionado únicamente por el entendimiento objetivo. El lenguaje no ejerce influencia alguna sobre el entendimiento propiamente dicho. De tales concepciones, empero, se releva una segunda especie en la cual se añade como realización del lenguaje "una específica interpretación intelectiva". Son los casos de los cuales hemos partido, como *feria* y *mesa*, en los que el lenguaje reúne cosas diversas de por sí, cosas que previamente no forman un conjunto y que sólo se reúnen a partir del lenguaje. "El lenguaje funda referencias, en la medida en

⁵⁰ Lipps, HL, pág. 104.

⁵¹ Lipps, HL, pág. 92.

⁵² Lipps, HL, pág. 92.

⁵³ Lipps, HL, pág. 56.

que entre lo más diverso se establecen estructuras, como en el caso de *jugar*, *esquinas*, *aristas*, *rincones*, etc."⁵⁴ Luego afirma: "En el lenguaje se prefiguran asimientos, sólo que no se trata de concepciones prácticas, sino perceptoras".⁵⁵ Sólo en estas "concepciones perceptoras" alcanza la palabra su última posibilidad. La palabra ha perdido todo resto de una función meramente reproductiva. La palabra se adelanta y sólo bajo su conducción aprehendemos la realidad de determinado modo. "La palabra dirige aquí la concepción. Y se 'sabe usar' tales asimientos en la medida en que en ellos se hace evidente la potencia del lenguaje."⁵⁶ He aquí una auténtica energía del lenguaje, formativa de la realidad. Lipps habla también de una "realización epistemológica" del lenguaje, para indicar que el lenguaje esboza siempre las líneas dentro de las cuales puede moverse el conocimiento y recuerda la frase de Humboldt, según la cual vemos al mundo tal como el lenguaje nos lo muestra.

e) *Un ejemplo: el jugar.* Intentaré clarificar la naturaleza de semejante concepción "perceptora" mediante un ejemplo, al que también solía recurrir Lipps: el de la palabra *jugar*. Partiremos de los dos pasajes más importantes que contienen las manifestaciones de Lipps al respecto. En uno de ellos escribe: "Lo que significa, por ejemplo 'jugar' en sí mismo, no puede ser fácticamente aislado; sólo al examinar sus derivaciones se descubre una dirección que se mantiene con firmeza. Por así decirlo, es algo formal lo que se vuelve decisivo en este caso, algo que a su modo se cumple en cada caso: en la falta de seriedad del mero 'juego', en la libertad de 'juego' que tienen ciertos mecanismos, en lo difícil que es aprehender aquello que entra en 'juego', etc."⁵⁷ Y por otra parte: "Se juega a los naipes, se juega una partida, pero también se juega con el otro o se juega por dinero,.

⁵⁴ Lipps, HL, pág. 93.

⁵⁵ Lipps, HL, pág. 92.

⁵⁶ Lipps, HL, pág. 93.

⁵⁷ Lipps, VS, pág. 68.

hay muchas cosas en juego, etc. ¿Pero a qué se llama así, vale decir, *jugar*"! Ninguno de estos ejemplos es meramente *jugar* y ninguno lo es tampoco del todo. Jugar es en verdad algo que sólo puede sentirse cuando se observan sus concretas mutaciones. En la raíz verbal se presenta aquí el aporte de una posibilidad idiomática de aprehender lo diverso. Se nos muestra a la luz del lenguaje. Hay algo que aquí se introduce interpretativamente".⁵⁸

Para repetir esto en nuestros propios términos, diremos que no se puede indicar el significado de tal palabra como algo común a todos estos ejemplos, vale decir como lo que es "el jugar en sí", independientemente de su realización a través de los diversos ejemplos. No existe ninguna cosa, y en este caso ningún proceso, que se *llame* así. En el sentido de nuestras investigaciones anteriores jugar no es un nombre para algo.

De tal modo, si un niño, al oír una palabra desconocida, pregunta: ¿qué es esto?, ¿qué es un gigante? o ¿qué es un elefante?, etc., podemos responderle, pero si se le ocurre preguntar: ¿qué es jugar?, no podremos contestarle. Sólo se lograría una descripción forzada, mediante ejemplos, y difícilmente se arribaría a una respuesta satisfactoria.

Los ejemplos podrían multiplicarse a voluntad, y cada uno de ellos aportaría algo nuevo a la comprensión. Pero, curiosamente, si bien se lograría desarrollar poco a poco dicha comprensión, no se obtendría en ningún caso un punto de partida firme (pues nunca se podrán indicar las señales que servirían para reconocer si algo determinado puede llamarse justificadamente "jugar"). De algún modo será necesario haberlo comprendido de antemano. Uno permanece siempre de manera forzosa en este circuito (lo que de ningún modo ocurre en el caso de otras explicaciones de palabras). Lipps dice que lo que significa una palabra "sólo puede sentirse cuando se examinan sus mutaciones concretas", con lo cual "sentir" en este caso significa el modo conceptualmente difícil de aprehender, al

⁵⁸ Lipps, HL, pág. 92.

que uno recurre para cerciorarse de la comprensión orientadora al respecto.

Desde luego se puede tratar de encontrar el significado básico de la palabra en un diccionario etimológico, para explicar sus derivaciones partiendo de ahí. Se encontrará, por ejemplo: "El significado básico de juego es 'danza', con pasos hacia adelante, hacia atrás y de costado, danza que también puede convertirse en ronda".⁵⁹ Pero con ello la problemática sólo se desplaza. Se plantea la pregunta acerca de qué posibilita las diversas mutaciones partiendo de ese punto y, por consiguiente, la pregunta se replantea entonces en otro orden. Por otra parte, de acuerdo con los conocimientos lingüísticos actuales, la pregunta no puede plantearse en el terreno de la historia del idioma. Ésta, como siempre, sólo puede procurar indicios. Ciertamente, un niño que hoy aprende a hablar y que en este proceso aprende qué es "jugar", no requiere ninguna clase de historia de la lengua. Por el contrario, el lenguaje ha de resultar comprensible siempre a partir de su existencia actual.

Precisamente los significados básicos verbales muestran con particular claridad la naturaleza de estas concepciones idiomáticas. Lipps lo explicita sirviéndose del ejemplo de "estar de pie" y "estar acostado". Por ejemplo, comprueba: "Algo *puede* estar de pie de otra manera |de lo que *puede* estar acostado. *Poder* estar acostado en algún lugar significa solamente que hay sitio para ello. Si cambio *poder* estar parado o de pie se refiere a la condición de no verse impedido para ello".⁶⁰ Pero no ademos continuar el examen de estos ejemplos importantes e interesantes. Ha adquirido fama el ejemplo mediante el cual Stenzel, cotejando diferentes lenguas, clifica la diversidad de las concepciones verbales no prefigurada por el asunto en sí: la comparación de /FO>, *fungieren* (fundir en alemán). "Los tres vocablos no coinciden... Solamente en verdaderos *giros* se cumple el significado de un vocablo semejante por medio de am-

⁵⁹ Cf. *Trübner's Deutsches Wörterbuch*.

⁶⁰ Lipps, HL, pág. 94.

pliación y restricción del significado de *giessen*... Las derivaciones de %é(a muestran primero que no es esencial el estado líquido, mientras que la palabra alemana no puede prescindir del mismo... Para %í(a es esencial el dejar caer, la privación de la base mediante el vuelco del recipiente, de la pala, del carcaj, del asador... Algo muy diferente se encuentra en el caso de *fundo*: el movimiento se realiza aquí velozmente, más bien con violencia, no desde arriba hacia abajo, sino impulsado por el empuje horizontal de una fuerza externa, casi arrojado a lo lejos... Los procesos básicos propiamente dichos podrían reproducirse en forma óptima mediante gestos: *yéa*, por el giro de la mano como si diera vuelta a un recipiente; *fundo*, por un empujón que desplaza y arroja con violencia y cuyo movimiento tiene tendencia más horizontal que desde arriba hacia abajo",⁶¹ mientras que la palabra alemana *giessen* sólo se puede emplear cuando se trata de líquidos que uno vuelca hacia afuera. Se manifiesta, pues, con evidencia, cómo las diferentes lenguas recogen, a partir de una serie de procesos comparables, concepciones definidas en cada caso que varían de un idioma a otro.

f) *La así llamada indeterminación de los significados de las palabras.* El camino inaugurado por Lipps, que conduce desde una comprensión más profunda del lenguaje hasta una renuncia al concepto de un significado verbal denunciable con rigor, tiene estrechos puntos de contacto con una evolución que parecería perfilarse dentro de la filosofía inglesa. Wittgenstein formula este viraje con el postulado: "El significado de una palabra es su uso en el lenguaje".⁶² Y Haller lo glosa así: "Esta reformulación de la antigua pregunta por el significado quizás no parezca a primera vista muy elocuente, y sin embargo lleva dentro de sí, si así puedo decirlo, una carga de dinamita... Nos enteramos de qué quiere decirse con determinada palabra no mediante la investigación de al-

⁶¹ J. Stenzel, *Philosophie der Sprache*. Munich, 1934, pág. 86.

⁶² Wittgenstein, *Schriften I*, op. cit., pág. 311.

gún enigmático factor X llamado significado, sino que mediante la observación y descripción de su uso llegamos a saber qué significa tal palabra".⁶³ Sin embargo, de este modo el problema no queda resuelto, sino sólo planteado con mayor nitidez. Haller llama explícitamente la atención sobre las dificultades de este procedimiento: el uso idiomático "no es estrictamente normativo", sus reglas no pueden indicarse completamente; el uso mismo está sujeto a modificaciones y ampliaciones que no podemos predecir, "esta indeterminación... tiene su fundamento profundo e irrefutable en la apertura del sistema idiomático de las lenguas naturales".⁶⁴ No basta, pues, sustituir un significado fijo por un catálogo de posibilidades de uso, sino que es cuestión de poder aprehender el centro no indicable que reúne las diversas posibilidades de uso en una concepción idiomática. Debe elaborarse la "hermenéutica" de este procedimiento. Y así arribamos exactamente a la problemática de Lipps.⁶⁵ A partir de la comprensión del lenguaje alcanzada hasta aquí, ante todo a partir de la visión abierta frente a la diversidad de aquello que en el cuadro del lenguaje aparece unitariamente como "palabra", nos hacemos cargo de lo impropio de los reproches que una y otra vez se levantaron contra la pretendida inexactitud del lenguaje. La lucha contra la falta de claridad de los conceptos no sólo se justifica, sino que resulta necesaria mientras nos movemos dentro del ámbito de los conceptos definibles. Esto sucede sobre todo en el ámbito de las ciencias, en la medida en que éstas están en condiciones de crear sus conceptos de un modo puramente constructivo. Las ciencias pueden y deben insistir en la clara determinación de sus conceptos.

⁶³ Haller, op. cit., págs. 139 y sig.

⁶⁴ Haller, op. cit., pág. 140.

⁶⁵ Enteramente en el sentido de la lógica de Lipps, también Haller exige, más allá de la investigación del texto lingüístico, "la investigación de las situaciones en las cuales podemos o no podemos decir algo en forma correcta, o bien incorrecta" (Op. cit., pág. 141).

Pero tal no es ya el caso cuando penetramos en el ámbito de las concepciones idiomáticas propiamente dichas, ya que éstas se sustraen, dada su naturaleza, a toda fijación conceptualmente expresable. Todo intento en esta dirección tiene que fracasar. A lo sumo podría intentarse descomponer las metáforas en una serie de significados individuales conceptualmente expresables, pero con ello se destruiría la ocasional interpretación dada por la designación metafórica, y esa destrucción comprendería todo el carácter interpretativo inmanente al lenguaje. Esto adquiere mayor validez si se trata de las concepciones idiomáticas aún más complejas. Por otra parte, semejante ensayo fracasaría bien pronto. Por lejos que pudiera llegar, quedaría siempre un resto insoluble, y precisamente dentro de ese resto se oculta el misterio verdadero del lenguaje. El lenguaje permanece sin ofrecer solución alguna respecto a los conceptos definibles con rigor. Sus palabras guardan una inevitable indeterminación. Sólo puede intentarse reducir esta carencia en la medida en que se pueda.

Sin embargo, toda esta consideración es falsa y errada con respecto a la esencia del lenguaje. Hemos de reconocer que esta aparente carencia es en realidad señal de su mayor perfección, una perfección que, por cierto, no se había descubierto hasta ahora en el plano de la lógica tradicional, hacia la cual sólo ahora y luchando contra los prejuicios del pensamiento tradicional hemos de allanar fatigosamente el camino. Trataré de poner esto en claro recurriendo a un caso paralelo. Helmholtz pronunció una vez una sentencia característica para la conciencia de su tiempo, referente al progreso de la física, diciendo que el ojo humano, desde un punto de vista puramente óptico, es un mecanismo tan imperfecto que uno devolvería a cualquier oculista un instrumento así "con las expresiones más duras sobre la negligencia de su trabajo".⁶⁶ Claro que esto vale solamente mientras se considere que el ojo es un mecanismo construido para deter-

⁶⁶ H. v. Helmholtz, *Vorträge und Reden*, vol. 1.
Braunschweig, 1896⁴, pág. 286.

minada tarea de reproducción de la imagen. Se modifica esta valoración (como, por otra parte, ya lo notó Helmholtz) no bien se cae en la cuenta de que el ojo humano desempeña una función en alto grado múltiple dentro de un contexto vital bien determinado, y que al servicio de esta compleja función vital la aparente carencia de precisión óptica es precisamente una ventaja. Algo análogo ocurre con el lenguaje. Mientras se consideraba el lenguaje atribuyéndosele una pura función de reproducción destinada a transmitir la imagen de una realidad pronta y prefigurada, la falta de nitidez conceptual podía tomarse como una carencia. En cambio, no bien se descubre al lenguaje en el desempeño de toda su función vital, como realización mental productiva, dentro de cuyo marco nuestro mundo fue siempre interpretado, y prefigurados y dirigidos nuestros conceptos, se hace preciso reconocer que esta "indeterminación" forma parte de su esencia más íntima y que sólo a ella se deben sus realizaciones más sutiles. No puede intentarse eliminar esta carencia sin destruir el lenguaje en su esencia más íntima. Este es en verdad un resultado revolucionario hacia el cual conduce el punto de vista de Lipps. Con ello, por cierto, no queremos decir que se da carta blanca a la negligencia en el uso del lenguaje, sino al contrario: mientras nos encontramos en el ámbito de los conceptos definibles, el esfuerzo por conquistar la claridad de los conceptos debe continuar con invariable energía. Pero hay que reconocer que este contorno sólo es capaz de abarcar una parte relativamente pequeña del lenguaje. No porque más allá de este contorno se deje lugar a la arbitrariedad, sino que más bien se trata de encontrar la forma adecuada de precisión lingüística aplicable a estas tareas específicas. En este sentido mucho puede aprenderse de la acuñación del lenguaje poético.

3. LA VISIÓN DEL MUNDO DESDE EL LENGUAJE

a) *Retrospección.* Al final de este camino debemos echar una mirada hacia atrás. Hasta ahora en nuestras reflexiones adquirió importancia en medida creciente la tarea creadora del lenguaje con respecto a la interpretación de nuestro mundo. Hemos partido de la función de las palabras como nombres y tuvimos que discriminar entre nombres propios y nombres genéricos.

1. Los nombres propios en sentido estricto sirven únicamente para la identificación de un individuo determinado, para que éste pueda ser retenido como tal. En este caso el lenguaje cumple meramente la función de esta car, de apropiarse en forma mental, pero no aporta ninguna interpretación de lo denominado.

2. Otra cosa ocurre con los nombres para géneros y especies y en general con las palabras que designan nociones acumulativas. Pues en este caso la manera en que algo determinado se destaca dentro de la realidad mediante aquello que el lenguaje junta o separa y la manera en que traza sus límites, sobre todo cuando la realidad aparece como permanente transición de un estado a otro, implica una realización creadora del lenguaje. Ya no puede de éste considerarse como una simple reproducción de una realidad preexistente, sino que sólo mediante su propia realización y gracias a la red de sus designaciones produce el lenguaje la imagen de una realidad estructurada.

3. Forma diversa adquieren las condiciones dadas cuando no se trata de nociones de abstracción, sino de concepciones surgidas del trato práctico. La palabra designa en este caso el "asimiento" con el cual logramos de modo activo un sostén en la realidad.

4. La fuerza interpretativa del lenguaje se acrecienta fundamentalmente cuando tomamos en consideración el aspecto sonoro. La sonoridad de una palabra posee como tal un determinado carácter expresivo y éste determina.

con su efecto sobre los sentimientos (en mayor o menor grado), la comprensión de lo que se designa con la palabra.

5. En primer lugar hay que mencionar aquí el sistema de las designaciones metafóricas que atraviesa todo el lenguaje, sistema en el que lo metafóricamente designado se acoge dentro de determinado contexto significante, sa it turándose a partir de ahí con ilustrativa expresividad, e instituye de cierta manera, no necesariamente prefigurada en la realidad, su interpretación.

6. Lo anterior se perfecciona en las concepciones idiomáticas, como las que pueden reconocerse en los significados verbales básicos. De una manera que nunca logra plenas soluciones conceptuales, funda nexos de sentidos y crea horizontes de comprensión, capaces de incorporar en un todo interpretativo a los fenómenos individuales.

b) *El lenguaje como mundo intermedio.* Todo esto sólo pudo ser señalado en nuestro trabajo, pues aquí no se trata de presentar una elaborada teoría lingüística, sino |<exclusivamente de esbozar, partiendo de tal teoría, las premisas necesarias para la comprensión de la importancia pedagógica del lenguaje. Resumimos el resultado obtenido hasta ahora diciendo que el lenguaje no retrata simplemente una realidad preexistente, sino que estructura a ésta de modo definido, la interpreta y, partiendo jde sus interpretaciones, construye nuestra realidad en cuanto mundo configurado por el lenguaje.

Cassirer desarrolló este punto en conexión con su *Filosofía de las formas simbólicas*: "El hombre —expresa en su síntesis retrospectiva titulada *¿Qué es el hombre?*— vive en un universo simbólico y no en un universo mera-lente natural. El lenguaje, el mito, el arte y la religión forman parte de este universo. Constituyen los abigarrados hilos que van tejiendo la red de símbolos, la trama Nie la experiencia humana... El hombre no conserva, [como el animal, una relación inmediata con la realidad; fes como si no pudiera mirarla a la cara. En la medida en que el pensar simbolista y el actuar simbolista del hom-

bre maduran, la realidad en bruto parece sustraérsele... Vive a tal punto en las formas idiomáticas, en las obras de arte, en los símbolos míticos o en los ritos religiosos, que nada puede experimentar o advertir a no ser mediante la interacción de estos recursos artificiales".⁶⁷ Lo que es válido en general con respecto a las "formas simbólicas", rige en acrecentada medida respecto del lenguaje en cuanto capa más elemental e inferior de este "mundo de símbolos". Esto significa, por lo tanto, que únicamente por el medio del lenguaje tenemos acceso a la realidad, que aun el acto más simple de percepción tiene lugar dentro del medio del lenguaje, y que luego, desde que poseemos un lenguaje —y poseemos un lenguaje desde que somos hombres en general—, jamás podemos percibir la realidad en su desnudez.

En este sentido, Weisgerber habla de un "mundo intermedio", colocado entre nosotros y las cosas, que media siempre a su manera para que tengamos acceso a la realidad. Weisgerber elabora esta suposición harto convincente sobre la base de un rico material lingüístico.⁶⁸

Habría que señalar que la idea de un "mundo intermedio" se encuentra ya en Cassirer, expresada en forma simplificada, cuando habla de una realidad "desnuda" que no podemos asir. Tal vez no sea posible expresarse de otro modo, pero esto invita a encubrir la relación funcional entre lenguaje y realidad mediante el esquema simple del paralelismo de dos mundos. En rigor, hablar de una realidad situada "detrás" del lenguaje no tiene sentido, pues lo que podemos asir gracias al lenguaje ya es realidad, y a la inversa, esta realidad sólo nos es dada "en" el lenguaje y jamás uno puede representársela desprendida del lenguaje.

En el fondo se trata de la tan debatida relación entre la cosa en sí y el fenómeno de la filosofía kantiana. Y de hecho este modo de consideración lingüístico-filosófico

⁶⁷ Cassirer, *Was ist der Mensch?*, op. cit., pág. 39.

⁶⁸ L. Weisgerber, *Vom Weltbild der deutschen Sprache*. Semivol. 1: *Die inhaltsbezogene Grammatik*. Düsseldorf, 1953², págs. 25 y sigs.

no es otra cosa que una consecuente continuación y ampliación del principio filosófico trascendental. Las formas de contemplación y de pensamiento han sido sustituidas por la totalidad de formas simbólicas (mitos, poesía, etc.), y entre ellas la forma más elemental es el lenguaje. La manera óptima de concebir la función del lenguaje en la estructura de nuestra imagen del mundo parte de aquí. En su época, Humboldt vio esto ya con lucidez y lo formuló en su estilo clásico: "Así como el sonido individual se introduce entre el objeto y el hombre, así el lenguaje en su totalidad se introduce entre él y la naturaleza, que ejerce sobre él efectos interiores y exteriores. Se rodea de un mundo de sonidos [con lo cual se refiere a las palabras], para acoger el mundo de objetos dentro de sí y trabajar sobre ellos".⁶⁹ Aquí se expresa con claridad el conocimiento fundamental. El lenguaje no es un medio externo que sirve para comunicar una experiencia previa, sino que, con anterioridad a que el hombre pueda en general acercarse a las cosas, antes que pueda captarlas con sus sentidos e inferir experiencias de tales captaciones, se introduce el lenguaje entre él y las cosas y dirige su modo de captar. El hombre no dispone de otro camino hacia la realidad que no sea el que pasa a través del lenguaje. Éste constituye el medio dentro del cual las cosas del mundo interno y externo pueden ir a su encuentro por primera vez. Humboldt lo manifiesta en forma enfática: "El hombre vive con los objetos... tal como exclusivamente el lenguaje los lleva hacia él".⁷⁰ "El hombre piensa, siente y vive únicamente en el lenguaje".⁷¹ La totalidad de la comprensión de este modo contenida en el lenguaje es designada por Humboldt como visión o concepción del mundo. Resume luego su pensamiento fundamental lingüístico-filosófico diciendo que cada lengua contiene una visión o concepción del mundo deter-

⁶⁹ Humboldt, op. cit., vol. 7, pág. 60. La abreviación no modifica el sentido de esta cita, puesto que la restricción inicial queda anulada en la mencionada continuación.

⁷⁰ Humboldt, op. cit., vol. 4, pág. 432.

⁷¹ Humboldt, op. cit., vol. 7, pág. 60.

minada. Para repetirlo una vez más, diremos que esto tiende a expresar que el lenguaje no es en sí un medio neutral que sirve para enunciar un pensamiento, sino que en cierto modo va formando ese pensamiento. Sin embargo, puesto que cada una de tales formaciones idiomáticas, cada interpretación idiomática del mundo, destaca siempre una sola posibilidad entre otras diversas, cada imagen surgida de este modo es unilateral, dado que brinda una sola "visión" junto a otras posibles. Las diferencias entre los idiomas son, por lo tanto, esencialmente, diferencias entre visiones del mundo. En este sentido Humboldt recalca: "Así en cada lengua hay una visión del mundo que le es propia".⁷² "Su diversidad no consiste en diferencias entre sonidos y signos, sino que se trata de una diferencia entre las visiones del mundo propiamente dichas".⁷³

Por eso el hombre, en virtud de la lengua que habla, se ve ligado siempre a determinada perspectiva: la de esa lengua. De modo que, en el pasaje ya citado, Humboldt continúa: "Mediante el mismo acto por el cual [el hombre] va extrayendo de sí mismo el tejido de la lengua, se va entrelazando en ésta, y cada lengua traza un círculo alrededor del pueblo al que pertenece, y del cual es posible salir únicamente en la medida en que al mismo tiempo se pasa al círculo de otra. El aprendizaje de una lengua ajena debiera ser entonces la adquisición de un nuevo punto de vista respecto de la anterior visión del mundo".⁷⁴ Cada cual se encuentra "entretejido" en el mundo que su lengua le transmite.

c) *La significación de la gramática.* En este punto se impone un necesario complemento que habría sido difícil introducir en un capítulo anterior. Hasta ahora, al considerar la importancia del lenguaje para la comprensión del mundo y de la vida, habíamos partido exclusivamente del influjo de las palabras individuales, dejando comple-

⁷² Humboldt, op. cit., vol. 4, pág. 27.

⁷³ Humboldt, op. cit., vol. 7, pág. 60.

⁷⁴ Whorf, op. cit., pág. 12.

tamente a un lado las cuestiones de la sintaxis. Sin embargo, la importancia de éstas no es menor, sino probablemente mucho mayor aún, ya que estos aspectos no determinan partes constitutivas separadas en la estructura del mundo, sino tal estructura en su totalidad. Sólo que dichos medios sintácticos son más difíciles de definir. Ante todo, dada la gran similitud de las lenguas indogermánicas, estos aspectos no llaman la atención mientras nos movemos —para el cotejo lingüístico— dentro del marco de estas lenguas. Sólo cuando uno se traslada al círculo de idiomas completamente extraños, puede apreciar tales nexos.

El lingüista norteamericano Whorf, basándose principalmente en su conocimiento preciso de la lengua *hopi*, elaboró en forma excitante las influencias de la gramática sobre el pensamiento. No podemos ocuparnos sino brevemente de sus resultados, y lo haremos porque éstos, a pesar de proceder de un punto de vista totalmente distinto, coinciden de manera asombrosa con las ideas de Humboldt, confirmándolas desde el punto de vista de la ciencia lingüística moderna.

Whorf acentúa expresamente el hecho de que la gramática misma "forma los pensamientos".⁷⁵ "La formulación de pensamientos... se ve influida por la gramática de cada caso."⁷⁶ Pues "los esquemas estructurales de las oraciones... [son] más importantes que las palabras".⁷⁷ En perfecta coincidencia con Humboldt expone: "Cada lengua constituye un gigantesco sistema estructural propio, en el cual se encuentran culturalmente predeterminadas las formas y categorías sobre cuya base el individuo no sólo se comunica, sino que también eslabona la naturaleza, advierte fenómenos y conexiones o bien deja de percibirlos, canaliza su reflexión y construye el edificio de su conciencia".⁷⁸ Whorf dio a su concepción, haciendo un expreso parangón con el principio de relatividad

⁷⁵ Whorf, op. cit., pág. 12.

⁷⁶ Whorf, op. cit., pág. 54.

⁷⁷ Whorf, op. cit., págs. 52 y sig.

⁷⁸ Whorf, op. cit., págs. 12, 20, 145.

einsteiniano, el nombre de "principio de relatividad lingüística".⁷⁹ Desde el punto de vista lingüístico-filosófico en general, sus exposiciones suscitan máximo interés. Pero puesto que, según observo, tales nexos tienen para la pedagogía una importancia menor, me limitaré a unas breves indicaciones, a fin de mantener abierto el horizonte, en este aspecto, para otros conceptos.

Como es sabido, nuestros idiomas construyen sus oraciones de acuerdo con el esquema bi-articulado de sujeto y predicado. Esto es tan obvio para nosotros, que, por regla general, ni siquiera lo notamos, y cuando aparecen excepciones, como en el caso de oraciones impersonales, surge la necesidad de penosas explicaciones gramaticales. Pero en este esquema radica desde un comienzo un presupuesto decisivo: que todo acontecer se entiende como acontecer de algo o a algo, como un hacer de un hacedor o un asumir pasivamente de alguien que asume pasivamente, vale decir que basamos todo suceso en un sustrato que se mantiene como tal a lo largo de las modificaciones. Para poder aplicar este esquema, hemos de destacar previamente por medio de nuestro lenguaje a tales portadores del acontecer respecto a lo que presenta la naturaleza. Esto se cumple usualmente por medio de nuestras "palabras principales", los sustantivos. Ahora bien, Whorf llama la atención sobre el hecho de que los ejemplos de la lógica usual se eligen siempre de un modo que corresponde a esas condiciones. Cuando esta lógica habla de mesas y sillas y de otros objetos manufacturados por los hombres, éstos ya presentan "un grado singular de aislación" que facilita la aplicación de los esquemas idiomáticos. Sin embargo, continúa diciendo, "la pregunta realmente interesante no se refiere a lo que hacen las diversas lenguas con tales objetos artificialmente aislados, sino ¿qué hacen con la naturaleza fluyente, en su movimiento, colorido y formas cambiantes, con nubes, orillas, con el vuelo de los pájaros?"⁸⁰ Su respuesta es: nuestra lengua,

⁷⁹ Whorf, op. cit., pág. 41.

⁸⁰ Whorf, op. cit., pág. 40.

con ayuda de los sustantivos, se facilita las cosas al recortar dentro de la naturaleza fluida objetos artificialmente aislados. Nuestros "términos como cielo, *colina*, *pantano* nos invitan a considerar cualquier aspecto inasible de la naturaleza infinitamente variada como una *cosa* separada, más o menos como una mesa o una silla".⁸¹ Dicho brevemente: nuestra lengua es objetivadora, hace de todas las cosas —incluyendo las que en realidad sólo son un proceso pasajero— objetos aislados que se mantienen como algo fijo a través del tiempo.

Con sus ejemplos, consistentes todos en sustantivos, Whorf se atiene más bien a las constantes transiciones dentro del ámbito espacial del cual sólo es posible desprender objetos artificialmente aislados. Con mayor fuerza todavía actuaría esto en el aspecto temporal. Únicamente gracias a esta tendencia de nuestro lenguaje adquiere el *ser* perdurable su preeminencia frente al mero devenir, cosa que luego ejerce sus efectos hasta penetrar en los fundamentos de toda la filosofía occidental. Sólo gracias a este trasfondo comprendemos todas las dificultades que afrontan los filósofos de la vida en su intento por redescubrir la *inocencia del devenir* (Nietzsche) y aprehender la vida en su vitalidad (Dilthey). Toda la visión de esta problemática cambia no bien se reconoce que tales dificultades emergen *solamente* de los presupuestos de nuestro lenguaje y de que incluso la primacía del ser frente al devenir depende del "principio de relatividad lingüístico", de modo que no puede pretender en absoluto ninguna validez general, puesto que las cosas también pueden abordarse de otro modo partiendo de otras lenguas.

Whorf desarrolla esto de manera frontal respecto a otro problema: la ciencia natural moderna, en la cual Cassirer, en su obra final *¿Qué es el hombre?*, a pesar de toda su comprensión y su conocimiento de la función de la lengua, veía aún la cúspide insuperable de toda evolución espiritual humana. Whorf establece que dicha ciencia no

⁸¹ Whorf, *op. cit.*, pág. 46.

posee en modo alguno validez general, sino que ha surgido de los supuestos específicos de nuestro lenguaje. "Lo que nosotros llamamos 'pensamiento científico' es un desarrollo especial del tipo lingüístico occidental indoeuropeo."⁸² Expresa asimismo la sospecha de que la física moderna, con su introducción de la noción de campo, ya ha superado el límite de lo que puede aprehenderse adecuadamente con los medios de la conceptualidad indogermánicamente acuñados, y que sus dificultades, como la relación de indeterminación de Heisenberg, la complementariedad de onda y corpúsculo, la imposibilidad de perseguir la identidad de una partícula elemental, la disolución de la determinación espacial, etc., tienen su causa en el hecho de que nuestro lenguaje conceptual demuestra ser inadecuado para ellas. Considera así que "las modernas lenguas especializadas son un impedimento para el progreso científico"⁸³ y requiere con toda seriedad la "creciente colaboración de la lingüística con la filosofía general de las ciencias naturales".⁸⁴ De acuerdo con su concepción, tal colaboración sería posible ante todo como una "lingüística contrastante",⁸⁵ una ciencia que sobre una base universal realiza un confrontamiento comparativo de las leyes estructurales de los diversos idiomas. Esta ciencia tendría que reexaminar, por una parte, las ocultas causas lingüísticas de nuestro pensar científico-natural y demostrar qué aspectos se ven idiomáticamente condicionados y resultan, por lo tanto, históricamente casuales, aunque estemos habituados a aceptarlos como necesarios y generalmente válidos. Forman parte de ello sobre todo las nociones básicas de las ciencias naturales, tales como espacio, tiempo y materia. "Las nociones de *tiempo* y de *materia* no se dan a todos los hombres de la misma manera, sino en virtud de su experiencia. Sus formas dependen de la lengua o las lenguas dentro de cuyo uso se han des-

⁸² Whorf, op. cit., pág. 46.

⁸³ Whorf, op. cit., pág. 22.

⁸⁴ Whorf, op. cit., pág. 39.

⁸⁵ Whorf, op. cit., pág. 100.

arrollado."⁸⁶ Por otra parte, esta ciencia tendría que investigar si otras lenguas podrían o no proveer medios más adecuados para superar las dificultades conceptuales que aparecen en la física moderna.

Whorf llega a tales conceptos sobre todo gracias a su conocimiento de la lengua hopi (una tribu india norteamericana de la región que hoy constituye el estado de Arizona). Desarrolla con este recurso "un modelo indio del universo, una lengua que carece de nuestras nociones de espacio-tiempo".⁸⁷ Nos muestra en detalle cómo esta lengua concibe la realidad con medios enteramente distintos y cómo a esta visión del mundo idiomáticamente distinta le corresponde al mismo tiempo un comportamiento humano por completo diferente, que en muchos órdenes podría servirnos de modelo, aunque sólo fuese porque nos hace notar los peligros de nuestro propio comportamiento. Un ejemplo solamente: seducidos por la concepción de un futuro calculable, caemos nosotros en una peligrosa "indiferencia frente a lo imprevisible en la vida";^M hacemos muy poco con el fin de afrontar catástrofes inesperadas. La exposición de Whorf de la lengua hopi no puede sintetizarse en breves pasajes, pero merece ser estudiada a fondo en cuanto modelo de una interpretación del mundo radicalmente distinta.

d) *El "morar" dentro del lenguaje.* Luego de este necesario complemento retomaremos el hilo de nuestras reflexiones anteriores. Con el concepto de visión del mundo queda designada en profundidad la función antropológica del lenguaje. En el terreno de la biología moderna se ha dicho que el animal vive en un medio ambiente cerrado en función de su especificidad genérica. Se quiere expresar con ello que para el animal no existe el mundo

⁸⁶ Whorf, *op. cit.*, págs. 102 y sig.

⁸⁷ Whorf, *op. cit.*, pág. 96.

⁸⁸ J. v. Uexküll, *Umwelt und Innenwelt der Tiere*. Berlín, 1921². ídem: *Streifzüge durch die Umwelten von Tieren und Menschen*. Rowohlt's Deutsche Enzyklopädie, vol. 13. Reinbek bei Hamburg, 1956.

entero de las cosas que nosotros conocemos, sino que debido a su organización sensorial y a sus instintos se ha recortado un estrecho segmento de las únicas cosas para él significantes. Sólo éstas forman su medio ambiente. Todo lo demás es como si no existiera. Ahora bien, es algo análogo, aunque en un plano mental superior, lo que la lengua realiza para el hombre. Pudimos ver que ya los meros nombres condicionan lo que el hombre es capaz o no de percibir en el mundo. Yendo más allá, la fuerza interpretativa de las palabras hace que se comprenda aquello con lo que uno se topa en el mundo y que lo incluya en el mundo que le es familiar. Gracias al lenguaje la realidad se transforma para nosotros en un mundo familiar dentro del cual podemos movernos con seguridad. Sólo con ayuda del lenguaje mora⁸⁹ el hombre en el mundo, encuentra en él su suelo y su seguridad. En este sentido podemos comprender la frase acerca de la casa *del ser*⁹⁰ en la cual moramos nosotros, los hombres.

La dificultad o la insuficiencia que padecen siempre las imágenes de este tipo, consisten en que esta casa o la jaula en la cual el hombre se encuentra encerrado, este círculo del cual según Humboldt no es posible salir, no puede ser reconocido en absoluto por el hombre que se halla dentro. Ese hombre, por así decirlo, ve a través de tales paredes. Nada sabe acerca de la visión del mundo a la que se encuentra ligado. Vive dentro de ella con obvia naturalidad. Es como si la visión del mundo se hallase a espaldas del contemplador y condujese su concepción de manera inconsciente para él. Sólo al enfrentarse con una lengua ajena lo ilumina de modo ocasional, como un rayo, la comprensión de que su posibilidad de ver las cosas no es la única posible y que junto a ella existen otras que ostentan el mismo derecho. Y sólo la contemplación filosófica es capaz de elevar hasta la conciencia los anticipos de entendimiento y las concepciones orientadoras contenidas en el lenguaje, y de "relacionar a posteriori..."

⁸⁹ Ref. a la noción del habitar, cf. O. F. Bollnow, *Mensch und Raum*. Stuttgart, 1963, págs. 125 y sigs., 276 y sigs.

⁹⁰ Lipps, HL, pág. 60.

aquel que cumple de este modo una función subrepticia"⁹¹ sin poder desprenderte sin embargo de ello. De ahí que la visión del mundo de una lengua sea algo completamente distinto de la imagen del mundo que una ciencia esboza por sí misma mediante una labor consciente (digamos la imagen del mundo de la física).

Tal conocimiento filosófico-antropológico general involucra al mismo tiempo una gran significación pedagógica. Mediante el lenguaje el mundo forma una unidad cerrada, dentro de la cual la vida humana puede transcurrir con natural seguridad. El lenguaje determina lo que el hombre percibe y cómo lo percibe, lo que siente y lo que no siente. Pero el lenguaje, sobre pasando este aspecto, orienta toda su conducta en el mundo. Determina las metas que él ambiciona y los medios con los que trata de alcanzarlas. "El hombre piensa, siente y vive únicamente en el lenguaje."⁸²

Pero dado que el lenguaje, a diferencia del instinto animal, no es innato al hombre, sino que debe ser aprendido —y esto quiere decir bien o mal aprendido, de este o de aquel otro modo—, se genera aquí un vacío, un espacio libre que la educación ha de llenar con responsabilidad. Es decisivo el modo mediante el cual se transmite el lenguaje al hombre que va creciendo, pues esto condiciona para él el mundo en que vive y el modo en que se comporta en dicho mundo. La educación por medio del lenguaje y hacia la adquisición del lenguaje no constituye, por lo tanto, aun cuando se la considere desde la mira de la comprensión del mundo, un campo especializado cualquiera, sino que abarca a la educación en su totalidad y en su núcleo medular. Esta tesis deberá ser fundamentada más detenidamente aún en lo que sigue. Pero antes es necesario precaverse contra el malentendido que podría surgir de una concepción demasiado sim-

⁹¹ Cf. F. Kümmel, *Verständnis und Vorverständnis. Subjektive Voraussetzungen und objektiver Anspruch des Verstehens.* "Neue Pädagogische Bemühungen", vol. 22 Essen, 1965. (Cf. www.friedrich-kuemmel.de)

⁹² Lipps, *Die Wirklichkeit des Menschen.* Francfort, 1954, pags. 153 y sigs.

plista acerca de la integridad cerrada de la visión idiomática del mundo y acerca del mundo que ésta transmite.

e) *La apertura del lenguaje.* La interpretación del lenguaje como visión del mundo y su caracterización como círculo en el cual se halla encerrado el pueblo que lo habla y, naturalmente, también el individuo, requieren en todo caso cierto complemento para que no sean malentendidas. Lo que se quiere expresar con la imagen de la "envoltura" o del "círculo" que rodean al hombre, es bastante claro y difícilmente podrá ser expresado de otro modo, pero sugiere tal vez demasiado la representación de un medio separador y oculta así el hecho de que precisamente el lenguaje aproxima al mundo, que al mismo tiempo descubre el mundo y lo hace accesible. Podemos llamarlo brevemente la función de apertura del lenguaje: el hecho de que con ese abrir la realidad esté creando al mismo tiempo ataduras a determinadas interpretaciones y de que con tales interpretaciones conduzca al mismo tiempo hacia la realidad, esta doble estructura entre aprehensión anticipada por parte del hombre y cumplimiento por parte de la realidad, debe ser comprendido como factor perteneciente a la esencia más íntima del lenguaje. Se funda en la estructura básica de todo conocimiento humano: es posibilitado por una comprensión previa y conducido por la misma, sin quedar, no obstante, inhibido por esa comprensión previa.⁹³

Esto es particularmente válido frente al concepto humboldtiano de visión del mundo o de concepción del mundo, y el abuso político al que en años pasado fue sometida la noción de concepción del mundo justificaría cierta desconfianza en este caso. Se consideraba la invocación de una concepción del mundo libremente elegible como alegato final en la disputa de las opiniones. En este sentido se podría parafrasear una sentencia hegeliana y decir que invocando la concepción del mundo se ha roto entre nosotros la comunidad. Así también respecto al lenguaje

⁹³ Cf. *Die Macht des Worts*, op. cit., págs. 54 y sigs.

resultó fácil imaginar que la noción de concepción del mundo constituía una entidad fija, un espíritu popular que había de hipostasiarse para engendrar las palabras individuales y las formas del lenguaje, con pretensión de validez absoluta.

En realidad, habría que proceder aquí con mayor cautela. Por lo pronto, puede asegurarse únicamente que con cada palabra del lenguaje surge una determinada interpretación. De modo que sólo puede hablarse de comprensión y, en este sentido, tal vez de una imagen del mundo inherente a tal palabra. Se sobrentiende que la imagen del mundo atribuida a la palabra individual sería bastante pobre, aun cuando de todas maneras pudiera contener las motivaciones de trasfondo en virtud de las cuales ésta podrá ser correctamente comprendida. Como imagen del mundo de una lengua debería designarse luego la totalidad de los supuestos emergentes de las palabras individuales. Con semejante manera de pensar la concepción del mundo perdería su *pathos* "metafísico". Nos hallaríamos entonces ante un caso de empirismo. Y con ello surgiría inmediatamente la dificultad de que no es de ningún modo seguro que los horizontes de comprensión de las palabras individuales puedan ser reunidos para formar una imagen del mundo unitaria, coherente y libre de contradicciones.

f) *Un ejemplo: sacrilegio y pecado.* Aportaré un ejemplo con el que Lipps se complacía en ilustrar estas relaciones: la relación entre sacrilegio y pecado. Ambos vocablos son significativos en cuanto a la naturaleza de las concepciones idiomáticas en general. No existe ninguna noción superpuesta, como sería, por ejemplo, la de fechoría, por debajo de la cual se podrían discriminar las sub-espécies conforme a señales distintivas, sino que en ambos casos se trata de interpretaciones enteramente diferentes, no sólo del hecho, sino de todo el hombre con respecto al hecho. Y resulta que cada una de las dos nociones ya encierra en sí una imagen del mundo perfectamente definida y que estas dos imágenes del mundo se encuen-

trän yuxtapuestas en forma inconciliable, pues se excluyen mutuamente de acuerdo con principios estrictamente lógicos. Aquí sólo puedo señalarlo brevemente.

Si, en primer lugar, preguntamos en qué contexto utiliza el lenguaje la palabra sacrilegio, observaremos que menciona, por ejemplo, una empresa sacrilega, una negligencia sacrilega, etc. La tragedia griega nos presenta esta noción con gran énfasis. Tiene afinidad con *hybris*, el indebido salirse el hombre de lo que le corresponde, el interferir en un orden superior, que desencadena la adversidad sobre el destino del hombre. El sacrilegio no es en este caso castigado, tampoco provoca venganza, sino que la adversidad así desencadenada se descarga sobre el hombre, arrastrando a justos e injustos. Vemos que se trata de una palabra que pertenece a un mundo extraño, pagano desde nuestro punto de vista, que nos resulta mucho más accesible en la tragedia griega que en nuestro presente. Pero también cuando se presenta entre nosotros, por ejemplo en el caso de la negligencia sacrilega, vemos arrogancia en ésta y también un sentimiento en última instancia pagano, que llega a nuestro mundo a través de muchas superestructuras.

Frente a esto, el pecado es enteramente otra cosa. Pecado es una palabra característica de la esfera cristiana. De pecado se trata únicamente cuando se habla de un estado pecaminoso original, de un mal de origen. El pecado es una caída en la tendencia primariamente pecaminosa del hombre. El pecado atrapa al hombre siempre en su debilidad, como a un ser que claudica ante las tentaciones, mientras que la acción sacrilega constituye, en su altivez, precisamente una consecuencia del exceso de fuerza, por lo que conserva siempre una extraña grandeza. No podemos dar aquí fundamentos más detallados al respecto. Nuestro ejemplo sólo debe servir para poner en claro la extraña "dicotomía" que atraviesa nuestra visión idiomática del mundo. Ésta no es de ningún modo tan acabada en sí como podría parecer en primera instancia. Contiene concepciones multiformes y en alto grado inconciliables entre sí. En este caso se trata de dos inter-

pretaciones procedentes de períodos muy distintos del pasado, que en el acervo de la lengua se encuentran una junto a la otra. Tal vez en este caso podrá decirse que se trata de diversos "estratos" que se superponen dentro de la lengua. Pero no todas las contradicciones pueden explicarse de esta manera historicista. Ellas forman parte de la naturaleza primaria del lenguaje. Por lo tanto resulta difícil hablar simplemente de una visión del mundo unitaria de la lengua alemana o de la lengua griega, etc. Aun cuando así se profile una imagen del mundo elemental, se trata, con todo, si se observa en detalle, de conformaciones diversificadas y en parte contradictorias. De ahí que el que habla tampoco se encuentre enclaustrado en una imagen del mundo cerrada, sino dentro de los horizontes de comprensión sumamente diversificados de las palabras individuales, por lo que queda abierta la cuestión de cuál es el punto hasta el que estos horizontes se unen para formar una totalidad.

Hay que añadir otra cosa: aun cuando el hombre individual se halle encerrado en el horizonte de comprensión de su lengua, no por eso está irrevocablemente encadenado a determinadas concepciones. Incluso el lenguaje, tal como está dado, no forma más que el marco dentro del cual cada individuo debe librar su combate con el mundo para llegar a algún acuerdo, y dentro del cual también debe formarse su particular imagen del mundo. Así, por ejemplo, las imágenes del mundo de diferentes poetas, que pueden distar mucho entre sí y que, sin embargo, pueden existir todas dentro del marco de una misma lengua (digamos la alemana). Lo que designamos como visión del mundo de un lenguaje, no son en verdad representaciones condicionadas por ciertos contenidos, sino más bien maneras generales de la captación, ciertas formas de la contemplación y del pensamiento.

Pero recalquemos que la lengua no es en absoluto algo cabal y firme, sino que se transmuta, tal como lo hemos observado con motivo de la nominación. No me refiero tanto a la lenta mutación suprasubjetiva que interesa

antes que nada a los lingüistas, sino a la manera en que el individuo lucha con su lengua, cuando con fatigosos esfuerzos trata de conquistar expresiones frente a lo que parece inefable y de tal suerte no sólo aprehende nuevas realidades, sino que también acrecienta y modifica el lenguaje. La concepción anterior, según la cual se considera que el lenguaje constituye un sistema de formas fijas, no queda así anulada, aun cuando, para decirlo en términos matemáticos, sólo es válida en primera aproximación y requiere subsiguientes correcciones estructurales. Debemos pasar de una consideración estática a una consideración dinámica del lenguaje. Las definiciones has-la ahora logradas sólo señalan el punto de partida después del cual se producen las verdaderas realizaciones de creación idiomática. Y con éstas se transforma y se incrementa siempre, al mismo tiempo, la "imagen del mundo" de la lengua.